

CAROLINA-DAFNE ALONSO-CORTES

NUÑEZ DE ARCE TREINTA Y CUATRO

EDITORIAL MAYFE



CAROLINA-DAFNE ALONSO-CORTÉS

NÚÑEZ DE ARCE, TREINTA Y CUATRO

Prólogo:

FRANCISCO JAVIER MARTÍN ABRIL

«... su ambiente hace que me suba a flor de alma mi niñez, y ese pasado, cada vez más remoto, es el que sirve de núcleo y alma a mis ensueños del porvenir remoto. Y es tan completa la correspondencia que mis ensueños se pierden, esfuman y anegan mis recuerdos en el pasado.

Y de aquí que, jugando tal vez con las palabras, suela decirme a mí mismo que el morir es un *desnacer*, y el nacer un *desmorir*. Mas dicen que no es bueno entristecerse; no sé bien por qué».

MIGUEL DE UNAMUNO

Ahora, cuando reposan inertes sus restos en el panteón de vallisoletanos ilustres, a la vera de Zorrilla, bajo el sol luminoso y amarillo que dora el cementerio y la cúpula azul en que resuenan sobre los cerros grises los silbidos de los trenes, me gusta imaginarlo en su huerto de la calle de Núñez de Arce, junto a la añosa higuera de dulces frutos otoñales. Y espero que su ejemplo enterizo y escueto *-messor indefessus* era su lema- inspire mi labor al ocupar el sillón que él dejó vacante.

(EMILIO ALARCOS LLORACH. Discurso de Ingreso en la Real Academia Española.)

PRÓLOGO

Nunca he sido partidario de los prólogos, aunque reconozco que han existido y existen prologuistas excelsos, no porque su dedicación especial haya sido o siga siendo ésta, la de escribir prólogos, sino porque se trata de escritores de letra grande, como dice un amigo mío. Yo, que soy escritor de letra pequeña, me declaro incapaz de hacer un prólogo de «salvamento». El libro NÚÑEZ DE ARCE TREINTA Y CUATRO, de Carolina-Dafne Alonso-Cortés, no necesita ningún «salvavidas». Se defiende por sus propios méritos, que son muchos, quizá entre algún leve defecto.

NÚÑEZ DE ARCE TREINTA Y CUATRO ¿es una novela? Yo no lo sé. Soy poco lector de novelas, y cuando he dicho que tal novela me gustaba mucho, los entendidos me decían: «Eso no es una novela». Creo poco, si es que algo creo, en la clasificación tradicional de los géneros literarios.

El escritor -la escritora en este caso- se pone a escribir ¿a lo que salga?, se pone a expresar lo que lleva dentro. Y Carolina-Dafne Alonso-Cortés, nieta del insigne Narciso Alonso Cortés, el gran maestro de las Letras Castellanas, llevaba en sus galerías íntimas todo un mundo de vivencias, de poesía, de humor y de amor, que queda reflejado en este libro con el ímpetu de la juventud y el rigor de la auténtica cultura.

Yo me atrevo a decir que la autora es una fina intelectual, con una arrolladora capacidad de creación. Convive con su abuelo, sabe mirar, escuchar, presentir. Y un buen día se ve «biólogicamente» impulsada a escribir este libro, en cuyas páginas descubrimos un singular magnetismo, que bascula entre el lirismo, la elegante ironía y el realismo impresionista. No se resiste nuestra bella amiga a navegar, cuando lo juzga pertinente, por las aguas de las nuevas técnicas, ya no tan nuevas, para demostrar su agilidad y tal vez para que en la obra se originen esos contrastes que siempre resultan bonitos, en el supuesto de que se posea la inteligencia y la munición literaria de Carolina-Dafne.

No parece éste un primer libro, si tenemos en cuenta la riqueza de vocabulario, la calidad de página y el pulso firme que se advierte en todo el curso de la obra. Obra que nos ofrece, más que una biografía del hombre y del poeta, del caballero y del sabio que fue Narciso Alonso Cortés, una especie de «flash» deslumbrador, evocador y desenfrenadamente expresivo.

Hay en «Núñez de Arce» una indiscutible «malicia» profesional. ¿«Malicia» profesional en una «obra prima»? Yo lo veo así y así lo digo. La fuerza del libro es excepcional. La fruta estalla y se produce la eclosión de una primavera literaria espléndida. Pero no quería yo haber dicho nada de todo esto. Las luces, las claves, los secretos de este libro, a la vez apasionado, esclarecedor y riente -sonriente, mejor-, serán descubiertos por el lector avisado, que haría muy bien en saltarse a la torera este prólogo de letra pequeña, escrito por un hombre que no es partidario de los preámbulos ni de los aperitivos. Tuve la gran fortuna de ser amigo, discípulo y vecino de don Narciso Alonso Cortés, y en esta realidad se habrá fijado Carolina para pedirme un prólogo para su NÚÑEZ DE ARCE TREINTA Y CUATRO. Así es, si así os parece, o aunque no les parezca a ustedes. Si he fracasado, la culpa no ha sido mía. Cada palo que aguante su vela.

Francisco Javier MARTÍN ABRIL

DISCÍPULOS

G. D.: Gerardo Diego.

E. A.: Emilio Alarcos Llorach.

DISCÍPULO 1º: Félix Antonio González.

DISCÍPULO 2º: Arcadio Pardo.

DISCÍPULO 3º: Manuel Alonso Alcalde.

DISCÍPULO 4º: Luis López Anglada.

DISCÍPULO: José María Luelmo.

AMIGOS

Jorge Guillén.

AMIGO 1º: Antonio Machado.

AMIGO 2º: Juan Ramón Jiménez.

AMIGO 3º: Salvador Rueda.

AMIGO 4º: Marcelino Menéndez y Pelayo.

AMIGO 5º: Francisco Javier Martín Abril.

AMIGO 6º: Francisco de Cossío.

AMIGO: N. Sanz y Ruiz de la Peña.

MINISTRO: Licinio de la Fuente.

Nota: Subrepticamente se han introducido en el texto ciertas ideas parásitas, cizañas del

pensamiento engorrosas e inútiles, que han sido atrapadas en bastardilla para su desprecio y olvido.

«Al verme se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza. Acudió al Señor, que lo ponga a salvo. Que lo libre si tanto lo quiere.» Van a derribar la casa y ha querido verla por última vez, en un impulso mezcla de curiosidad malsana y masoquismo. El gran portón estaba cerrado con la llave grande y además con candado (esfuerzo inútil: los vagabundos han abierto un boquete por la parte posterior del edificio, y a través de él entran y salen a placer). Hace girar la llave venciendo la fuerte resistencia de la cerradura, que gime. Recordando una antigua costumbre imprime al giro una ligera presión hacia arriba, empujando al mismo tiempo con fuerza, y entonces la pesada hoja cede con un chirrido. Penetra en el portal, en la viscosa desolación del portal en penumbra. La pequeña puerta que daba paso al sótano está abierta, y por el suelo se hallan fragmentos de loza y papeles. Dos de sus hijos, que la acompañan, examinan con atenta curiosidad infantil aquellos despojos polvorientos, de donde extraen el taco oscuro de un viejo clisé de imprenta que llama su atención por desconocido. La broza inunda también los escalones que muestran aún las huellas de una alfombra. Han sido arrancados los gruesos pasamanos de madera, así como la puerta del entresuelo, que era antigua y de macizos cuarterones. Y arriba la que daba acceso a la vivienda principal está descerrajada y abierta, a través de los pasillos umbríos emerge una helada fetidez pestilente. Las paredes desnudas reflejan el eco sordo de los pasos sobre la tarima, en medio del desmantelado recinto. Penetra en la pieza que fue dormitorio del abuelo, y advierte adheridos a los batientes del balcón unos jirones sin color, residuo de los visillos blancos moteados. En el vasto despacho, los estantes de maderas combadas que a nadie han debido interesar muestran los anaqueles vacíos, y entre ellos recuadros oscuros en la pintura delatan el antiguo emplazamiento de los cuadros sobre el tabique. Pasando a lo que fue salón amarillo, repara en el hedor de la estancia y en la inmundicia que cubre su suelo: al parecer, los vagabundos la han utilizado como letrina; detrás de sus puertas entreabiertas se acumulan deposiciones y algunas hojas escritas manchadas de excrementos. Tras vencer un primer movimiento de repugnancia, su morbosa curiosidad puede más que su asco: ha recogido de entre la suciedad un recorte de periódico amarillento salpicado de manchas pardas. Busca en él una fecha y no la encuentra, y lee: «Victor Hugo en España. El Colegio de los Nobles y el Real Colegio de San Antonio Abad. Buscando el autor de estas líneas datos para un estudio de precios de los mantenimientos, hubo de hojear el vetusto Diario de Madrid -con poco fruto, por cierto-, y en este husmeo entrevió un nombre: Victor Hugo. ¿Cómo? ¿Victor Hugo y 1811? Sí; Victor Hugo, 1811, y el Colegio de San Antón... Mesonero estaba equivocado, y con él cuantos siguieron -o seguimos- su dictamen. De este descubrimiento puramente casual -y los que investigan saben cuán frecuente es el caso de encontrar lo que no se busca- se dio noticia en ABC el verano de 1903, y después el pobre diablo que esto firma insistió dos o tres veces en este Herald y en El País para rectificar con el debido acatamiento al ilustre don Mariano de Cavia, que participaba -y no sabemos si seguirá participando- del error de Mesonero Romanos... » Y sigue un extenso artículo que firma «El Arráz Maltrapillo». Inquiriendo una fecha concreta, sigue leyendo: «La guerra. Italia. Parte oficial. Roma, 24. Durante la tarde de ayer el enemigo dio muestras de mayor actividad en el frente del Trentino.» «Inglaterra. Parte oficial. Londres, 24. Hoy nuestras tropas ejecutaron con éxito golpes de mano en cuatro puntos diferentes de las trincheras enemigas al este de Ypres... » Al reverso del papel, trabajosamente, pueden leerse anuncios: «Perlas de oro (Perles d'or du Dr. Wony). Curan con gran rapidez la impotencia. En todas sus causas y edades. Espermatorreas. Pérdidas sem (una mancha, ilegible). Envía gratis folleto explicativo» «En la sangrienta guerra que aniquila a Europa no habrá al final vencedores ni vencidos; en la guerra contra los microbios de la boca el vencedor será siempre Licor del Polo. ¡Ojo! No se vende suelto.» «Relojitos de señora, 7 ptas.; de caballero, 5. Entre calles de Postas y Plaza Mayor.» Al borde del recorte: «La experien los chocol Matía son los me Pedidlos en todos lo.» Toma después una de las hojas manuscritas, con cuidadosa letra desconocida. Muestra huellas oscuras de una gran suela, y dice así: «Gramática comparada. El objeto de la ciencia que se ha convenido en llamar gramática comparada es hacer la historia de los desarrollos lingüísticos por medio de aproximaciones entre las diversas lenguas... »

Hay asimismo una cuartilla, también pisoteada y amarillenta, una página de estrofas escritas a máquina con tinta violeta, y paginada a mano (la mano del abuelo) con el número 10. Y dice: «Cuando el rey, como gallero sin honor, sin fe y sin ley del crimen sigue el sendero, y baja más que el pechero, es doble villano el rey. ¡Oh! La razón no consiente que baste a juzgar al hombre un título preexistente, y hay sin duda pobre gente en quien vale tanto un nombre. Hablas de estirpe real cuando ya no es un misterio que antaño, en estirpe tal, fue la razón el puñal, la virtud fue el adulterio... » Siguen varios versos más, sin ninguna firma; estos pocos papeles debieron quedar al realizarse la donación de la Biblioteca a la Casa de Zorrilla, y han sido utilizados para uso personal.

Tras los salones sombríos, en la galería el sol reverbera a través del polvo que se acumula sobre los cristales, de los surcos dibujados en ellos por las lluvias, y entre los que apenas pueden distinguirse las formas en la calle y en el jardín. No obstante, las ventanas de guillotina se desplazan con facilidad todavía y el gancho de metal que las sujetaba sigue girando. Ha mantenido en alto la empañada compuerta, y observa abajo la maraña de finas ramas que se entrelazan; parecen secas, pero ello no es más que apariencia: cuando llegue la primavera, ya cercana, la eclosión vegetal las cubrirá de pequeños brotes tiernos, luego de hojas brillantes, y entonces todo el jardín será una masa de verdes y un florido caos; si antes las excavadoras no han emprendido su labor de exterminio, degollando la vida en el vientre de la tierra. La calle ya no es la misma desde aquí: nuevos edificios, algunos todavía en esqueleto, sustituyen a las antiguas viviendas. Vamos, hijos. Lóbregos pasillos y al fondo la puerta del desván, alta y estrecha: dos vueltas a la llave que rechina al girar y aparecen las estrechas escaleras empinadas. Las remonta seguida de sus hijos, y siente el crujir de los peldaños bajo los pies. Arriba los huecos están cerrados, pero el sol se cuele por todas las rendijas y agujeros trazando finas líneas de luz, donde bailan los corpúsculos brillantes a su paso. Por rara ironía el desván es la única parte de la casa donde el tiempo se ha detenido: nada herido ni arrancado, todo está igual, sin hollar, sin dañar. Por un momento había sentido el temor de que las viejas orlas universitarias, las amarillentas fotografías, los floreros antiguos, las lámparas y los frascos polvorientos y su Belén con los pastores descabezados permanecieran todavía allí; pero al fondo el vano recorta la espectral luminiscencia del almacén, que está abierto y vacío. Alguien, sin duda, habrá dado caritativo fin a los arcaicos despojos. Van abriendo ventanos y claraboyas, postigos sujetos con aldabillas de hierro tosco. Y ante la creciente claridad que invade la techumbre, que desvela sombras e ilumina rutilantes hilos de araña bajo el entramado, sus hijos, sorprendidos, contemplan el prodigio, pobres niños de ahora que desconocen lo que es un desván: la luz irrumpe ya sin cortapisas hasta el fondo de la estancia abohardillada, hiere los gruesos pilares de madera vieja que sostienen vigas y travesaños, enciende el borde de las tejas, quiebra los ojos, inunda de un halo blanquecino el suelo de baldosas de arcilla cubiertas de siglos de polvo. Todos los huecos abiertos ofrecen parecido espectáculo: solares yermos rodean la casa esperando el momento de engullirla. Desde aquí la maraña del jardín se aprecia más fina y más lejana. Han entornado de nuevo los pequeños cuarterones como quien cierra los ojos de un muerto, con amor. De nuevo los hilos de luz alumbran tenues su descenso a través de las escaleras crujientes.

Una mañana como todas, zumbó temprano el despertador, levantarse, vestirse, llamar a las niñas, ayudarlas a arreglarse, ponerles el desayuno, besarlas antes de salir hacia el colegio, qué buena mañana tibia y clara, ya van un poco tarde, ahora despertar a los chicos, preparar el desayuno a su padre y a ellos, terminar de vestirse, sacar las botellas de la leche, vamos, iba a tomar el autobús hasta la Biblioteca, pero no, es pronto, mejor andando por el Retiro, da gusto recién regado; cinco minutos para salir del camino entre el césped, cinco minutos hasta cruzar el paseo de coches, el «jeep» de la policía controlando la velocidad por radar, cuarenta máximo control por radar, cinco minutos hasta el estanque, las piraguas con los muchachos de Educación y Descanso, cinco minutos a la Puerta de Alcalá, que no llego, mejor por el túnel, y otros cinco justo junto a las verjas de la Biblioteca, junto a las verjas de la Biblioteca Nacional es justo la media hora, me apresure o no, es igual, hay que ver, la media hora, diecinueve de mayo, esta tarde le entrega el Ministro la medalla al ABUELO, hay que ver, menos mal que he respirado hondo, reservas, aquí en Colón no hay quien respire, esto es un asco, lo más contaminado, ya lo dicen las estadísticas, y dentro lo de siempre,

libros y más libros.

Estaba catalogando libros. Era su trabajo: catalogar libros. Libros y más libros. Y entonces surgió algo relacionado con la Delegación de Valladolid.

-¿Valladolid, hablo con la Biblioteca?

-Sí, aquí es.

-¿La directora?

-Sí, pero... no está.

-Soy su sobrina, desde Madrid.

-¡Ah, eres tú! Tu tía... ¿sabes? Es que...

-¿Qué?

-Que...

-¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

-Ha tenido que irse. La han avisado de que el abuelo...

-¿Qué le pasa al abuelo?

-Está muy mal. Se está muriendo.

-¿Qué?

-Oh, no sé, no sé si debía habértelo dicho. No debía habértelo dicho.

-Pero, ¿qué pasa? ¿Qué le pasa?

-Está muy mal, Lo siento, yo...

-Oh no, no te preocupes, has hecho bien.

-Lo siento, lo siento muchísimo. YO...

-No te preocupes. Gracias, gracias.

-Llamo desde Madrid. ¿Qué pasa?

-Oh, mira, ya no hay nada que hacer. Se muere.

-¡No!

-Sí, se muere, se muere. Ya no hay nada que hacer.

-Dios, Dios.

-Ya no hay nada que hacer. ¡Oh, Señor!

-¿Lo sabe ya mi padre?

-Sí, le avisamos esta mañana. Ha dicho que tomará el primer avión que salga de Málaga para Madrid.

-¿A qué hora llegará aquí, no sabes?

-No, no sé a qué hora.

-Iremos al aeropuerto. Procuraré dejar a los niños con alguien, y enseguida nos iremos con él para allá.

-Llamad cuando llegue.

-Sí, llamaremos.

-Adiós, hijita, adiós.

-Oh, adiós.

Infeliz, ¿qué habías supuesto? ¿Qué pensabas? Quizá, que con tu vida ya hecha, tus problemas concretos, tu voluntad tan recia, el largo tiempo transcurrido, todo superado, todo, ¿todo? ¿Es que te crees tan dura, tan firme? ¡Un anciano de cerca de cien años! ¿Qué? Y tú llena de esperanzas, de horizontes, ¿qué?, ¿qué te habías tú creído, qué? ¿Que acaso este final no era más que cuestión de trámite? ¿Eso te habías creído? ¡Infeliz, insensata infeliz! ¿Qué? Sí, titulares en los periódicos, funerales lucidos y pésames, pésames, desgraciada infeliz. Y un anciano de cerca de

cien años. Oh sí, titulares, y nada más. ¿Nada más en tu vida, infeliz? Prepárate, porque tu vida ha cambiado. No sabes tú bien hasta qué punto tu vida ha cambiado. Anda, tiembla, solloza, tonta infeliz.

VNO

Un café con leche, por favor. En vaso grande. ¿Tiene aspirina? Son catorce. Catorce, señora, Oh, perdón, no sé cómo tengo la cabeza. Es pronto todavía, el primero tiene la llegada a las cinco, hay tiempo. Todo tan inesperado. Los niños, sí, estarán bien los niños allí. Y el reloj ante mí, con sus puntos y rayas negras sobre el mármol tostado, con las agujas de hierro negro. ¿Tendrá billete en el primero? No sabemos nada de él. Él, que hubiera querido estar allí. A lo mejor puede hacer algo todavía, es muy posible. Otras veces lo ha hecho, posiblemente lo haga también ahora. ¿Qué estará pasando ahora? O será una falsa alarma, tantas veces ha sido una falsa alarma. Ya tiene muchos años, pensábamos que llegaría a los cien. ¿A los cien años? Nadie en la familia ha llegado a los cien. Ni en la Academia, tampoco nadie ha llegado a los cien. Que yo sepa. La aguja más corta no se mueve, la más larga avanza, a pequeños saltos, tan despacio. Los minutos se me hacen horas, habrá que sentarse. Es bonito el friso de azulejo, es bonito. Este ángulo me lo sé ya de memoria. Está firmado: PADROS. Es bonito el castillo de almenas recortadas: ocre, tierras, siena tostada. Carmín, añil y ultramar. En el castillo predominan los ocres, en el fondo los azulejos semejan un «puzzle»: añil, verde-azul, verde-ocre, tonos fríos, calientes, entremezclados, la aguja larga tiembla, marca su sombra sobre el mármol, sobre la sombra fina de las persianas. Pasajeros de Iberia en vuelo... La voz se ahoga en el run-rún, no hay quien entienda nada, me duele la cabeza. ¿Qué estará pasando ahora? Dios mío, Dios mío. Claro que alguna vez tenía que suceder. Pero es terrible, no puede ser. Estará sufriendo. O no, quién lo sabe. La aguja grande sobrepasa a la pequeña, con un nuevo tirón estremecido. El sol a través del cristal me calienta la piel, pero los huesos los tengo fríos. Y la cabeza, me duele la cabeza. ¿No llega el de Málaga? ¿Cuánto faltará todavía? Y no es seguro que venga en éste, quizá no tenga billete en éste. ¡Ah, qué día! Se van las niñas de amarillo con su mamá y con sus cintas rosas. Señor, Señor. El sol se cubre ahora, y aparece de nuevo. Cierro los ojos y veo en la oscuridad rojiza redondelitos verdes como fichas de parchís, qué curioso. Los redondelitos se vuelven pálidos, desaparecen. Tres-seis-cuatro-ocho, entre el ronroneo de las conversaciones no alcanzo a distinguir, qué dirán ahora, no alcanzo a distinguir, palabras monocordes, tres-seis-cuatro-ocho, dice la voz femenina en castellano, añade algo en inglés, o es alemán, nadie hace caso, no se entiende nada, sigue el run-rún. Las hojas temblorosas del chopo plateado se dibujan en negro sobre la nube que ha vuelto a cubrir el sol. El ambiente es cálido, lo noto en la piel, pero el hilillo frío me recorre la médula de los huesos. Enfrente, el letrero sobre el cristal iluminado: ASEOS en negro, TOILETS en rojo. Bajo la esbelta copa negra, BAR. Los gritos de ese niño, los gritos agudos, sofocan la voz femenina del altavoz: Las Palmas de Gran Canaria... no es el de Málaga. Y el murmullo. La aguja avanza a saltos, sin descanso. Su sombra es ahora más débil. Es más tenue. Llegan pasajeros, ¿de Las Palmas?, con aspecto mareado. Parejas, hombres solos, más parejas, qué jóvenes, rodean la cinta de acero porta-maletas. Porta-maletas. Qué jóvenes. Un tubo de neón tiembla, nerviosamente: tas, tas, taás, tá, tá, tas. Los niños patinan siempre sobre el mármol. Todos los niños patinan sobre el mármol. Fines de semana floreados, maletines negros cuadrados, bolsas de plástico con una marca de chocolate.

Les daba un telele raro, y empezaban a trepar por las paredes de la caja. En el laberinto, daba igual empezar por el principio que empezar por el final. ¿No había en blanco? No, no había

en blanco. Pregúnteselo a él que ha venido conmigo. ¿No había en blanco? No, no había. En las madrugadas el aroma dulzón de la dama de noche. Más allá del polvo, de las paredes sucias de humo y de vapor, de los tubos muertos, de los estantes abarrotados sin orden, de las hojas amarillentas, de los papeles arrugados en los rincones, pisados, descoloridos, más allá de los horarios rígidos, de la deshumanización, más allá, al otro lado, existe una pradera fresca, y una brisa, y el sol entre los árboles, y los insectos y los pájaros, y las pelusas transparentes, y las plantas acuáticas, húmedas, y el verde-sol, y el verde-sombra, y la tierra, y el azul. De ellos a mí un abismo, disimular. La palabra también es materia dúctil, pastosa, temblorosa: consolarse. Las primeras leches son amarillas y se llaman calostros. Influjo fatal de un nombre: Diana. Rompe los diques, como un torrente. Tanto dar con el mazo, no hay tiempo de rogar. Mal hecho. El frasco grande con las guindas en aguardiente, las guindas en aguardiente, las guindas descoloridas de tanto aguardiente, hinchadas de tanto aguardiente, chác, reventando en un chorro de aguardiente. Poeta, tú no sabes el tesoro que llevas en tus manos (yo no quiero encerrar mi pensamiento en la cárcel del metro y de la rima).

CANTO DE LOS DISCÍPULOS

ÉL:

ESTOY TRISTE...
JUNTOS EN EL DOLOR QUE ME ATENAZA,
EL PAISAJE Y LOS HOMBRES SON MI PENA.

DISCÍPULO 1º:

A tu casa, maestro, que fue nube
y hoy es pantano prieto, para el trigo
de la tierra sin fin que te rodea,
cartero velocísimo, va un ángel.

DISCÍPULO 2º:

Algo tengo en el pecho que no es mío
y siento que se me hace primavera.
Por ti no traigo el corazón vacío:
bien lo conoces, pues que a tu cuidado
la fuente de mi sangre se hizo río.

DISCÍPULO 3º:

Aún recorre un temblor esto que escribo
de aquella brisa, clara de fragancia
que tú pastoreabas tiernamente.

ÉL:

TODO SOMBRA Y PAVOR. SOBRE LA ARENA
LA TARDE AL EXPIRAR SUS SIGNOS TRAZA.
VEO UN BRAZO DESNUDO QUE AMENAZA;
ESCUCHO UNA PALABRA QUE ENVENENA.
COMO, LÚGUBRE Y HOSCA, EN LA COLINA

PENDE LA OSCURIDAD, ASÍ EN LAS MENTES
LA IDEA TENEBROSA SE ADIVINA.

DISCÍPULO 4º:

Antes era yo un niño. Tenía el alma en blanco.
Me había caído el alma sin sentirlo
encima de los hombros
y la llevaba intacta, como un ala o un vidrio.
Afuera había un mundo redondo, disparado
por la mano de Dios en el vacío.
Llevaba un cargamento de hombres, pájaros, flores,
revueltos, confundidos
con llantos y con besos y con guerras
a través de los siglos.

DISCÍPULO 2º:

Y fuiste tú quien me infundió este aliento,
quien me fijó la planta en el camino
y puso el bergantín a flor de viento.

DISCÍPULO 3º:

Mi alma se dobla, tierna, y asomada
como en un pozo, en mí se mira hundida;
en el trémulo fondo de mi vida
queda su leve sombra reflejada.

ÉL:

TIEMBLAN, TIEMBLAN LAS ONDAS, Y EN SUS PLIEGUES Y QUIEBRAS
LAS IMÁGENES TIEMBLAN DE NUBES Y DE RAMAS;
CAE UN HAZ EN EL RÍO DE LUMINOSAS HEBRAS
QUE SE ESPARCE Y DIFUNDE EN DILUVIO DE LLAMAS.

DISCÍPULO 4º:

Y ese mundo de esquinas de cal blanca y de yeso
esperaba mi limpia alma de niño
para mancharla de alquitrán y barro
y de blasfemias y de gritos.
Pero en la orilla había un pescador de hielos...

DISCÍPULO 1º:

Fue en un puerto cualquiera: tú besaste
mis cabellos ariscos de grumete
y me armaste doncel: allá en la arena
nos dijeron adiós mis pies de niño.

DISCÍPULO 4º:

Y una voz que venía de mundos infinitos,

de mundos con palabras medidas y con sabor de música,
fue goteando despacio en mis oídos.

DISCÍPULO 5°:

En la noche que amamos, a pesar de su oscura
densidad, de sus cielos invisibles, lejanos,
vemos siempre la antorcha que lleva la hermosura
y orienta nuestra marcha tendiéndonos las manos.

ÉL:

ETAPA, OASIS; VOCES APAGADAS;
SAETAS QUE SE CLAVAN EN LA ARENA;
AL ENTORNAR LOS OJOS, RESPLANDORES.
AVES DE FUEGO QUE HUYEN A BANDADAS,
Y, AL VELARSE LA ATMÓSFERA SERENA
FLORES QUE CAEN... FLORES... FLORES... FLORES.

Oh vieja casa gruesos muros con su carga de panzudo adobe revocado inclinados perceptiblemente sobre la calle silenciosa alumbrada apenas por el desfallecido resplandor de alguna bombilla mortecina robusto portón bronceados llamadores un golpe sordo que retumba en la noche y otro hasta que tras un chasquido y el recrutar de los goznes un haz de luz se dibujó sobre la calzada lustrosa de lluvia yo junto a mi padre encogida tras la maleta de cuero con los uniformes de colegiala ya dispuestos dando el gran salto hacia mi incógnito nuevo mundo mareada del largo viaje confusa intranquila medio dormida entre los besos de las tías que siempre consideré lejanas e irreales y tu sonrisa acogedora oh abuelo catedrático que escribías libros y a quien apenas había visto antes alguna vez yo que dejaba atrás un universo claro y poblado de voces infantiles un cosmos rutilante y abigarrado de formas y de luces y ademanes solícitos aquel ambiente risueño que había revestido mis primeros años en gran parte desarraigados de la casa paterna de aquella casa costera inmersa en la atmósfera húmeda de polen y de hongos que me oprimía el pecho y estiraba mis noches con la lenta agonía de la asfixia y ahora se me lanzaba de una vez para siempre fuera de las caletas festoneadas y de los atardeceres opalinos que nunca fueron míos y fuera también de aquella serranía que me devolvió la salud y restableció mis fuerzas infantiles con su aire finísimo y sus horizontes sin límite y allí estaba yo por fin aquella noche ante tu casa en la calle sombría sin saber qué vientos me gobernarían en adelante temiendo sin conocerlas ciertas formalidades rígidas y costumbres adustas recelando de ti y de aquel caserón viejo en la entraña de Castilla la vieja que engullía la soledad de mi infancia desarraigada pues había dejado atrás todos mis afectos incipientes tan pequeña e infeliz y desvalida lanzada de pronto en un escenario incógnito trasplantada a un mundo tan distinto al mío tú y la ciudad y la casa y las tías por más que desde un principio me apliqué a reconocer cada rincón y a husmear cada recoveco y a observarte a ti y tus actos y todo lo que formaba parte de tu vida fui conociendo aquella casa y se me iban poco a poco haciendo familiares sus muros espesos y su color dorado sus ventanos profundos y el gran portón y la puerta de la antigua cochera convertida en refugio de gatos callejeros de pequeños gatos blancos o negros o manchados o de pelaje leonado que ronroneaban en la penumbra o estiraban su silueta elástica y aquel tufo pertinaz trascendiendo de las carboneras a través de los restos encrespados de la tela metálica que pendían en los vanos del sótano y el amplio portal con el zócalo de cerámica color caramelo la puertecilla baja dando paso al laberinto de pasadizos angostos que nunca osaría recorrer hasta el fondo sus tinieblas apenas desveladas por la aureola difusa de una pobrísima bombilla cuyo resplandor no alcanzaba más allá de la primera estancia donde empecé a guardar la bicicleta oscuros tapiales que según alguien dijo ostentaban inscripciones con fechas muy antiguas y comunicando el portal con los entresuelos y la vivienda principal la escalera alfombrada que flanqueaban dos

lustrosos pasamanos de madera recia y los balcones y el gran mirador sobre la calle el mirador central donde aquella sirvienta antigua que me acogió desde siempre con la misma áspera ternura con que cobijara durante muchos años a tus hijos prematuramente huérfanos de madre aquella buena Jesusa la Jesu para todos nosotros cuidaba sus macetas de geranios rojos o de plantas verdes que nunca florecían conocí también la galería asentada sobre pilastras de madera donde se enroscaban las hiedras formando un porche umbrío sobre el jardín y la cuarteada tapia antes de ser saneada y recubierta de ladrillos nuevos y poseí entonces mis dos higueras gemelas que entrelazaban sus follajes espesos y radiantes bajo la llovizna pertinaz de aquel primer otoño en que tardíamente te conocí cuando tu vida ya declinaba aunque yo sé que fui afortunada y que viví tus tiempos más entrañables ya que según las nebulosas noticias que de ti tenía tus años de plenitud estuvieron de tal forma entregados al trabajo que poco tiempo pudiste dedicar a tu propia familia recluido siempre en tu despacho o consagrado a tus clases o a tu perenne búsqueda a través de los archivos por lo que tus hijos recordaban tu presencia en su juventud con una mezcla de veneración y temeroso respeto mundo extraño aquél en que me vi inmersa mundo de personas mayores de gestos medidos y de graduadas penumbras pasos sigilosos horarios fijos y circunstancias repetidas mundo de cortinones pesados y muelles alfombras entre cuadros oscuros y libros amarillentos y como una mágica frontera entre la casa y el jardín el muro revocado con su manto de hiedra siempre reverdeando sobre el huerto bisbiseo del aire entre las hojas fueron transcurriendo así las horas y los días primeros que no alcanzo a resucitar en mi memoria confundidos todos en las brumas de un primer invierno llegó después la primavera luminosa y un deslumbrar de luces a través de las copas de los árboles los brotes jóvenes reventando por doquier el ambiente saturado de perfume y humedad y la vida germinando en el seno de la tierra oscura reflejos cegadores zumbido de insectos bullendo entre los tallos finos de los podados rosales yemas tiernas que estallan en la punta de las ramas y la vida se desperezaba ante los infantiles ojos atónitos y yo sorprendía las anémonas rompiendo su sueño invernal y admiraba las tempranas primulas salpicando los macizos de blancos azulados anaranjados vivos y púrpuras ardientes y las delicadas azaleas de seda con sus colores suaves dejadez decadente del iris entre los bordes recortados del boj y del evónimo contemplaba nacer y desplegarse día a día las diminutas hojas verde-claro y observaba los racimos apretados de pulgones verdes fundidos con el verde vegetal y advertía cómo las guindas rosadas se tornaban rojas poco a poco y en los macizos de terciopelo los pensamientos bajo el cobijo maternal de la acacia gigante desnudaban sus pétalos morados y amarillos después con el calor del verano los frutos en sazón pesadez del sol cegando sobre el recinto verde y con las lluvias carmín en las hojas y el áster de otoño inundando de añil los espacios vacíos las ramas del membrillo con su carga dorada y en las higueras de tronco suave entre senderos umbrosos los dulces higos agrietados.

-Tú fuiste amigo suyo, ¿verdad, Simón?

El viejo Simón entorna la vista, sus ojillos claros semejan dos hendeduras brillantes en la cara atezada.

-Sí, niña. Fui su amigo.

Muchos lo fueron. Su vida surgió de la serranía, como tantas otras, como un producto natural de la pobreza. Era muy joven Manuel cuando a través de la sierra, hosca y suave, acarreaba fardos de tocino salado a lomos de su caballería. Tan joven era entonces Manuel que más que joven era un niño. Cruzó torrenteras, surcó barrancales, atravesó vertientes abruptas, coronó aristas desnudas, avizorando siempre más allá de los despeñaderos y de la profundidad del precipicio, oteando siempre con sus claros ojos agudos sombreados de largas pestañas.

-Sí que lo fui -añade en un susurro.

Con los últimos jirones de la tarde, junto a los zaguanes surgen las historias; brotan mágicas, insinuantes, se enredan, se entremezclan, y se confunde lo fantástico con lo verdadero, los cuentos de viejas con relatos antiguos, olvidados.

-Cuéntame cómo era. Anda, Simón.

-Era menudo, y aun cuando se hizo hombre seguía siendo pequeño de talla. Trabajó muy duro, de sol a sol -dice Simón- Entonces era un chava y ya no tenía ni padre ni madre.

Simón se ha retrepado en su silla de anea, apoya los hombros cargados en el zócalo rojizo, junto al quicio de la puerta. La cabeza redonda, morena, se destaca sobre el blanco azulado de la fachada, sobre las gruesas costras de cal. El cabello casi rapado, como de plata; la frente bronceada surcada de pequeñas arrugas rectas, sobre las cejas hirsutas. Tiene las orejas grandes y despegadas; la nariz gruesa, de grandes ventanas oscuras, pilosas. Su pensamiento no vive el presente, sino un pasado lejano. Su espíritu salta sobre el tiempo y sobre el espacio, y su mirada se fija a lo lejos en un punto incierto.

-Yo por entonces lo conocí -los ojillos se dilatan por un momento, las facciones se animan-, más de una vez dormimos los dos al sereno, en mitá de la sierra -dice Simón.

En mitad de la sierra se acostó al aire libre bajo las estrellas, más de una vez; entre matas de retama florecida, aspirando el perfume espeso de la jara y de la corregüela. Y en invierno salvaba los ventisqueros, las gargantas donde zurriaban los aires, los pies hundidos en la nieve, conociendo cada boquete, cada quebrada o cortadura. Su camino se cruzaba, se unía a veces con el de aquellos contrabandistas intrépidos que, a finales de siglo, merodeaban por la serranía: que recogían tabaco en Gibraltar, distribuyéndolo por toda Andalucía y jugándose la vida a cada paso por un miserable alijo. A través de la costa y de la tierra adentro, de pueblos y dehesas blancas como palomas posadas, de cortijos colgados en las laderas de tierras rojas o calizas, miserables casas, miserables gentes aisladas, gentes hoscas, primitivas como el paisaje mismo, semen de bandidos famosos o de asesinos solitarios. Y él andaba sus mismos caminos, acaso se acogía a su protección, portando el hato de chacinas caseras, de tiras de tocino, hacia La Línea de La Concepción.

El sol ha caído. Ya no es más que un rastro rojizo y desvaído detrás de las montañas, por encima de los tejados del pueblo que se desdibujan ya. Un velo transparente comienza a rodear todas las cosas, el anochecer acarrea un aire suave, que alborota el cabello. Sobre las piedras redondas se arremolina un tenue polvillo blanco que se cuele en las casas.

-Anda, sigue; sigue, Simón.

-A fuerza de recorrer leguas a través de las breñas pudo ahorrar, niña -añade. Entre los dedos nerviosos sujeta unos cabos de pita; con habilidad los retuerce entre ellos, los traba y distraídamente comienza a trenzar-. Y pasados los años montó el negocio de los embutidos. Luego quiso casarse con Victoria, y con ella se casó. Y empezaron a tener hijos.

Un gato cruza de un salto elástico. Ha surgido de una ventana baja y desaparece al instante, cruzando la calleja empedrada. Un burro peludo, atado a una reja, parece dormido de pie, soportando bajo las alforjas un cansancio de siglos. Una vieja sentada en el poyete encalado de un zaguán, masculla oraciones o recuerdos entre dos dientes medio desgajados de unas descarnadas encías.

-Cuando vino la guerra, Manuel era el amo del pueblo -Simón alisa la tomiza de cuatro que crece despacio entre los dedos largos. La sujeta entre las yemas endurecidas, teñidas de amarillo; luego la estira, enrollándola, y prosigue-: del pueblo y de los alrededores. Se había comprado la mejor casa, la que tenía el escudo en piedra de don Miguel de Mañara. Y había educado a sus hijos en la capital, en los mejores colegios de frailes y monjas.

-Eso ya lo sé. Y que tenía fincas, y un caballo alazán.

-Sí -evoca con nostalgia-, un caballo careto alazán.

-Eso ya lo sé.

-Además, había sido alcalde en la monarquía. Pero al medrar se ganó envidias negras -la voz se ha vuelto grave- y su salud estaba picada.

Allí soplaban vientos torcidos, como en todas partes. Al socaire de la política, viejos rencores escondidos soltaban antiguas ligaduras: «Y como colofón epopéyico pulso la lira de mi verbo rebelde... », algunos maestros rurales se habían convertido en portaestandartes de la revolución. Las mujeres levantaban los puños crispados contra los muros de la casa grande.

-Él había llevado a sus hijos a colegios de monjas y frailes -añade-. Y había medrado -termina Simón. Todo él irradia una armonía que hacen los años, las penas contenidas y los aires abiertos. Es la imagen cercana de un legendario monje tibetano.

-Pero, ¿cómo era? -los dedos pequeños oprimen los suyos, se destacan sobre su piel oscura. Tiene las uñas largas y endurecidas y rasca distraídamente la pana del pantalón.

-Era un hombre bueno -añade después-, no mereció aquel fin -sus largas piernas se han

recogido, se han cruzado una sobre otra. La bota alta, cerrada con cordones, bascula rítmicamente al extremo de un tobillo seco.

Suben y bajan algunas mocitas a través de las callejas, con paso elástico. Llevan sobre la cabeza erguida el gran peso del cántaro, o de la lata llena de agua hasta los bordes. En los ojos y en los ademanes dejan traslucir los rasgos de una raza antigua. Al pasar saludan:

-Buenas tardes.

-Buenas tardes.

¿QUÉ MIRAS? ¿LAS ARRUGAS DE MI FRENTE? SURCOS SON QUE LAS HORAS HAN TRAZADO, DONDE CLAVÓ EL DOLOR SU CORVO ARADO, DONDE ARROJÓ EL TRABAJO SU SIMIENTE. LO QUE UN DÍA FUE HUERTO FLORECIENTE ES HOY CAMPO DESIERTO Y ESQUILMADO. NO DA LIRIOS Y SALVIAS COMO EL PRADO, DA MALEZAS Y ABROJOS SOLAMENTE. MAS SI LAS ROSAS DEL JARDÍN ENFERMO PERDIENDO SUS MATICES Y COLORES SE VIERON MARCHITAR EN BREVE PLAZO, ENTRE LOS SURCOS ÁRIDOS DEL YERMO EL AMOR HA DEJADO ALGUNAS FLORES. RECOGELAS, MI BIEN, EN TU REGAZO. Del vacío densoscuro que rodea la noche de mi llegada surges tú fino cenceño anciano ya envuelto en tu capa de paño con vueltas de terciopelo pañuelo blanco de seda al cuello tu afable sonrisa tu sereno contemplar tenías el pelo muy corto y cano y un pequeño bigote recortado hablabas poco y suavemente Nane me llamaste desde un principio Nanina y recuerdo que tenía que besarte todas las mañanas al levantarme y todas las noches antes de irme a la cama y no me costaba hacerlo tú lo hacías con un besar menudo y repetido que siempre me hizo gracia y cuando atolondrada olvidaba el saludo sorprendía en tu mirada un jirón de tristeza y me remordía entonces mi pequeña conciencia todo era silencio a tu alrededor mesura todo era penumbra en la vieja casa a lo largo de los salones sobre el mullido de las alfombras que sofocaba el ruido de los pasos sobre la tarima crujiente y yo te visitaba cada mañana en tu gran despacho ya que abandonabas muy temprano tu dormitorio de alta cama de nogal rematada de piñas talladas entre las dos mesillas de noche muy altas también y en el balcón los visillos blancos moteados y te encontraba allí con tu traje gris y el cuello tan blanco de la camisa que la planchadora habría almidonado en un piso muy alto de la calle de la Pasión tu tez cetrina tus manos secas como ramas de árbol añoso o cepas doradas del Molino todos tus gestos sobrios medidos tu voz siempre en un tono moderado aunque intento ahora recordar su timbre y no lo logro pese a empeñarme en ello con un esfuerzo doloroso tendrías ante ti sobre la mesa-camilla cuadrangular los periódicos del día y la bandeja con el vaso mediado de leche y las cuatro galletas María tu desayuno parco como todo lo tuyo sólo el trabajo abundante la Jesu habría enchufado ya el brasero y yo te hallaba siempre desde mi llegada desde el día aquel que se pierde que se zambulle en una extraordinaria oscuridad iluminada de arañas antiguas y hoy saltas de la vida a la muerte como quien encuentra a una añorada amiga y no puedo apretar tus manos ni escuchar el remanso de tu voz ni ver tus ojos serenos en la antesala de la eternidad pacífica tal vez sumergidos ya en la pacífica eternidad pero entonces la vida fluía sin quiebra tú quizá no recuerdes o sí recordarás más allá de la luz que brilla en tus pupilas sin color al otro lado de la luz las desazones que te dí y también las alegrías día a día durante años durante tantos años desde que llegué cuando niña azuzada por el asma y recorrí los largos pasillos de tu casa pisando de puntillas las alfombras de los salones del salón amarillo con el mirador a la calle los cortinones y la tapicería color de oro barrocas cornucopias y enorme espejo de marco dorado y el angelote de bronce sobre su pedestal sosteniendo en alto un reloj que nunca conocí funcionando el quinqué antiguo de esbelto pie la consola con cubierta de mármol la estatuilla de bronce del viejo leñador y en la pared sobre el sofá tu retrato pintado por García Lesmes y tus placas de plata y amarillentos títulos enmarcados de oscuro y luego el salón azul con el piano de madera clara y sobre él la efigie dulce de tu mujer mi abuela a quien no conocí su delicado rostro un poco irreal que tanto amaste apagado casi en plena juventud la cercana ausencia que te acompañó siempre TODO LO TENGO EN TI, TÚ RECOPILAS LAS GRACIAS QUE ME ACUDEN BIENHECHORAS, TÚ MI VIDA COMPENDIAS; Y MIS HORAS HACES PASAR FELICES Y TRANQUILAS y sobre la

superficie pulida del piano los candelabros de plata y la copa de oro de no sé qué juegos florales la copa con escudos de esmaltes que vibraba suavemente al pulsar ciertas notas agudas provocando un gracioso tintineo y la lámpara de porcelana pendiendo con sus florecillas de colores pálidos y el espejo veneciano y las persianas entornadas sumiendo la estancia en una suave penumbra que yo atravesaba sigilosamente hasta alcanzar la centelleante galería todo el sol se condensaba allí por los cuatro costados a través del cuadriculado de las cristalerías hasta en pleno invierno me acariciaba me calentaba durante toda la tarde hasta que en la anochecida el aire frío comenzaba a filtrarse por las rendijas y yo volvía tiritando junto a tu brasero con olor a faldillas de lana chamuscadas otras veces con los ojos inundados de luz ciega de tanto sol inmersa en una oscuridad aterciopelada rojo-vivo-rojo-oscuro-canalillos-rutilantes-rojo-blanco volvía sobre los salones en penumbra sin ver andando a tientas trastabillando entre la sillería azul pálido del salón azul o la sillería amarillo oro del salón amarillo o la floreada del saloncito interior donde un día de tu santo me dí un atracón de pasteles y yemas mano a mano con Tina la doncella el día aquel en que cumpliste los setenta años y la casa se llenó de gente y de bandejas de dulces y de esbeltas copas de vino dorado el saloncito con el ventano medio cegado por la hiedra que trepaba desde el jardín y por donde en primavera se colaba el perfume de las flores sacudiéndome con una descarga de ternura aire cálido aroma de fiesta aquel día en que diste tu última lección en el Instituto y Arcadio Pardo te leyó sus versos que aún recuerdo algo que nace de mi ser del fondo de mi pecho de aquello más humano donde yo mismo mi dolor escondo viene a posarse aquí sobre mi mano y sin ser voz a que te cante incita hoy junto a ti de tu alentar cercano uno de tus alumnos más queridos de último curso de bachillerato con quien apenas crucé dos palabras espionando yo por entre los cortinones sus visitas y aprendiéndome sus versos de memoria mientras tú consumías tus horas en el gran despacho atestado de libros que se alineaban en doble fila sobre los estantes de madera lisa combados bajo el peso de la sabiduría me mostrabas a veces el pequeño fichero en que anotabas desde siempre interesantes datos marginales hallados en tu sondeo por los archivos lamentando que nunca serían utilizados o te servías del escabel para alcanzar en los anaqueles más altos un libro dedicado por su autor o un pequeño volumen ajado que habías sorprendido en las listas de raros y curiosos o acaso te arrodillabas para manejar algún mamotreto en las tablas inferiores mientras desde los brazos de los sillones te acechaban redondos los ojos de marfil de extrañas bestias talladas junto a la gran mesa de nogal en medio de una diáfana opalescencia velazqueña.

“Fuerte reliquia de la sangre mora, de la estirpe caudal de los zegríes, esta ciudad serrana, de áspero clima y salvaje naturaleza, flagelada en el invierno por la nieve y abrasada en el estío por un sol africano, conserva el gesto ceñudo y marcial que la señaló en todos los siglos en la bizarra corte de las nobles ciudades andaluzas. Son sus habitantes fuertes y duros, bravos y tercos, rigurosos en sus virtudes y en sus vicios, extremados en sus amores y en sus odios, tenaces para el bien y para el mal. Ni en la claridad de entendimiento, ni en la anchura de corazón, ni en la viveza de fantasía, ni aun en la elocuencia y hermosura de las palabras, conceden ventaja a ningún otro pueblo; pero al lado de estas prendas de tan subida calidad, suelen tener defectos muy graves, y sobre todos ellos cierta comezón espiritual, un hormiguillo y aspereza de ánimo que no les consiente vivir a gusto ni en paz con propios y extraños, defecto muy español y muy castizo, tan peculiar antaño y hogaño al carácter díscolo, rebelde y peregrino de la raza, que nunca nos dejó sosiego, teniéndonos siempre en jaque y pelea hasta con nuestra misma sombra. El antiguo carácter, las viejas pasiones, los odios de casta, las sedientas codicias, juntamente con las cualidades heroicas, todas las virtudes y los vicios de antaño, hierven con ímpetu ahora, sin más válvulas que la política y el amor. Cada vecino de Alcalá es un zegrí de recia estampa y corazón leonino, muy pagado de su origen fabuloso; en Alcalá de los Zegríes hasta los mendigos tienen humos de rey.”

RICARDO LEÓN, Alcalá de los Zegríes

-Buenas tardes.

Hay un perro que va y viene, y olisquea, con el rabo largo entre las piernas, flaco como si lo hubieran chupado las curianas.

- ¡Ay, bendito Dios! -suspira la vieja. Se encoge entre sus ropas pardas, casi desaparece-. ¡Ay, bendito Dios!

Los objetos y las personas pierden poco a poco relieve y color. Las sombras son inciertas, huidizas, una ráfaga de esquilas se acerca o aleja por momentos, los ruidos del campo se tornan agudos e inquietantes. Se oyen gritos lejanos, extraños susurros que estremecen.

-Anda, Simón -insisto-, sigue.

-¿Qué quieres que te cuente? -la larga cuerda roza el suelo, con su hábil retorcido, como una rígida serpiente inmóvil. Sobre el anular luce blanquecino el brillo apagado de la tumbaga-. Fue entonces cuando se lo llevaron, cuando aquel hombre se lo llevó.

Cuando fueron a buscarlo, cuando fue Caín a buscarlo, estaba encamado en el hospital del pueblo grande. Lo sacaron de la cama y se lo llevaron.

-Lo habrán llevado a Madrid, estará en Madrid con don Juan Girón y con el director de los Salesianos -decía Victoria-, sus compañeros en el hospital.

-Padre -había dicho aquel día-, quiero confesar. Ha venido él a buscarme y me barrunto que no volveré.

-Y así fue -afirma Simón-, no lo vieron más. -Y agacha la cabeza, hunde la barbilla en el pecho, agobiado bajo un gran peso que acentúa la curva de su espalda.

Sigue el perro olisqueando las piedras redondas, las patas torneadas de las sillas, como un fantasma con sus ojos encendidos de animal enfermo.

-Pero, ¿por qué? -los ojos se me estiran, ansiosos-. ¿Qué fue lo que pasó?

-La vida, niña -murmura Simón. Los dedos diestros anudan, rematan cuidadosamente el trenzado. Simón ha sacado de un bolsillo interior una navaja pequeña, la abre y con gesto pausado recorta cuidadosamente los hilos sobrantes-. No se supo de él hasta que entraron los nacionales.

Cuando entraron los nacionales uno del pueblo declaró lo que antes no había dicho por miedo:

-Yo vi cómo lo quemaban en la sierra -confesó. -Y lo quemaron vivo.

Simón guarda la soguilla ovillada, y explora a tientas el chaleco de donde extrae el librillo de papel, después la petaca de cuero renegrido, le tiembla la mano mientras murmura: -Y lo quemaron vivo-. Vuelca una porción de tabaco en el cuenco encallecido, tantea nuevamente el bolsillo donde nerviosamente introduce la petaca y el papel.

Entre el rejujo de ropas negras surge un gemido sordo:

- ¡Ay, bendito Dios!

-Cazábamos en la sierra las alimañas y los gatos monteses -rememora Simón. Ha sacado el chisquero, con un movimiento enérgico lo atiza, surgen chispas. Arde la mecha amarilla, una llama larga le ilumina la cara bajo la mano que utiliza de pantalla. Dando profundas chupadas enciende el cigarro, que reluce un momento como un ascua.

-¿Y lo quemaron vivo?

Se ha encendido la farola de la plaza, lucen cuadradas las ventanas del Ayuntamiento. Las sombras inundan los rincones, los zaguanes, las grietas entre las losas. El borde dentado del Hacho se recorta apenas sobre el cielo que se ha vuelto negro.

Se comprobaron en el lugar restos carbonizados, se supo que aquel hombre había dicho verdad.

-Luego pusieron su nombre con letras negras, en una lápida a la puerta de la iglesia -dice Simón.

Su mujer no quiso denunciar al culpable que, por otra parte, había huido; pero sus cabellos se tornaron blancos en pocos meses.

-Si vuelve, juro que lo mato -había dicho su hijo mayor.

Después las aguas volvieron a sus cauces; pero Victoria no quiso volver al pueblo, tras haber visto a las mujeres de los puños crispados.

Se ha estirado Simón en su silla, sus piernas parecen aún más flacas. El humo garabatea,

surgiendo a golpes de las oscuras ventanas de la nariz. Se le sumen las mejillas a intervalos, sus ojos se cierran como en profunda meditación, y añade:

-No mereció aquel fin.

Las cosas ya no tienen relieve, las personas son bultos movedizos; a través de las ventanas bajas, luces vacilantes traspasan la trama de las cortinillas. Se apagan los murmullos, se adormecen los relatos de las viejas, los cuentos de fantasmas y aparecidos, de amores incestuosos.

Simón tiene los ojos semicerrados, evoca todavía. Entre el cuello abierto de la camisa a rayas finas, los tendones tirantes, oscuros, como moldeados en bronce. Y arriba la línea de las grandes orejas, el mentón erizado de pelillos canos que brillan a la luz de la farola solitaria. El cigarro pende, apagado, adherido al labio grueso.

-Oye, Simón.

-¿Qué quieres?

-Me han dicho que puedo volverme muchacho si orino en la punta del arco iris. ¿Es eso verdad?

-Pué ser -sonríe-, haz la prueba.

Ya no hay perro, ni vieja, ni burro peludo. Todos se han esfumado sin saber cómo. No hay más que el airecillo que se ha vuelto frío, y el olor a guisos que surge de las ventanas bajas, entreabiertas. Me levanto y me voy.

-Me voy -digo-, hasta mañana.

-Condiós -dice Simón-. Mañana te tengo que medir. Creo que has dao un estirón desde la última vez.

Nada truncaba entonces la pacífica vida de la ciudad provinciana apenas rodaban automóviles sobre el adoquinado los ciclistas no andaban condicionados por direcciones prohibidas ni semáforos o pasos de peatones la gente divagaba sin prisa y yo me paseaba en bicicleta contorneando la plaza del Museo frente al palacio de Santa Cruz y la fachada de ladrillos del colegio de los jesuitas reviraba después hacia la plaza de la Universidad y su recinto flanqueado de leones encaramados en columnas de piedra y enfilaba a veces hasta la Antigua la bella iglesia de torre románica donde un Cardenal os había casado a la abuela y a ti y que estuvo por muchos años cerrada al culto desbarrando por fin hacia la Solanilla donde una vez me partí el alma contra el enlosado ante la mirada atónita de la fresquera que empujaba la carretilla atiborrada de cajas de pescado brillante rociado de pedacitos de hielo y de granos de gruesa sal luego la mujer reanudaría su carrera batiendo el silencio de la media mañana parrúúúquia con su voz desgarrada cruzándose con el traperero que también voceaba todos los días a la misma hora rasgando las mañanas grises de invierno a punto de estallar en nieve o las de verano estallando de sol lanero pellejero con su boina descolorida y el penco tirando a duras penas del carrillo crujiente se compran trapos viejos lanas viejas jergones de hierro pieles de conejo arrastrando las botas retorcidas traperero chatarrero el carro del piñero pasaba tirado por un penco reventando de piñas que se salían a través de los agujeros de la red remendada con cuerdas rodaban por el suelo y el hombre las recogía piñeróó cuando el eco del pregón se esfumaba en las callejas surgían otro y otro y buena miel de la Alcarria mielero mielero buena miel luego por no ser menos el cartero gritaba también la correspondencia desde el portal se abrían las puertas y las vecinas bajaban corriendo envueltas en sus batas mañaneras y la cabeza plagada de bigudís o descolgaban por el hueco de la escalera un cestillo atado con una cuerda donde el cartero depositaba el correo que ascendía vertiginosamente y así todo el mundo sabía si la Fulanita recibía carta del novio o si no la recibía y el cartero marchaba calle adelante de portal en portal con el saco de las noticias cada vez más engurruido y sus voces cada vez más afónicas Narcíísoalonso hasta perderse garabateando en las esquinas yo arrumbaba entonces la bicicleta junto a los montones de carbón y me iba a buscar a las hijas del frutero que me regalaban castañas y me prestaban libros maravillosos Genoveva de Brabante Rosa de Tanenburgo románticas historias ilustradas con grabados antiguos damas lánguidas de largos cabellos y galanes de finas manos relatos que devoraba subida en lo alto de la higuera mientras la chiquillería jugaba libremente por las calles y plazoletas sin peligro se formaban corrillos de niñas me pido a la tanga y

yo me pido a doubles mañanuca mañanucááá mañanuca de primóóóór pues yo me pido a los alfileres que ostentaban sus cabezas de colores entre la tierra del montón cuando la piedra lanzada por pequeña mano diestramente los desenterraba donde se cría una mora más hermosuca que el sóóóól ahora a las tabas de cordero que se tiñeron cociéndolas en agua junto con cintas de diverso color la mandaron a laváááár pañuelucos a la ríaaa o también una dos y tres alza cucurucho que toma que toma pastillas de goma que son pa la tos el címbalo de la catedral mientras tanto sonaba monorrítmico e ininterrumpido llamando a los canónigos a coro y haciéndome saber que llegaría tarde al colegio si no me apresuraba los niños del colegio de las Balmori muy seriecitos y en filas de a dos en fondo se dirigían al Santuario Nacional con sus bonitos uniformes azul marino y blanco con escudos dorados en la manga del chaquetón y sus cabecitas rizosas en la plaza del Museo el árbol del amor florecía con matices de rosicler y malva los estudiantes guardaban su flor como un talismán y yo corría desalada a través de la plaza del Campillo bordeando el vicio mercado sorteando los puestos que obstruían las aceras y donde se vendía de todo acerolas coloradas y ajos quién quiere ajos los mejores limones hermosos y el hombre de las chucherías limpiándose los mocos a dedos y removiendo con la mano las chufas infladas de agua en el lebrillo de loza y a mediodía el charlatán en pleno centro de la calle con aspecto sórdido y voz cascada siempre con la misma cantinela niños niñas ancianos agricultores huertanos todo el mundo está propenso a cogerse una pulmonía pero entonces mostraba unas cajitas redondas llenas de pastillas de legítimo eucaliptus y las repartía entre el auditorio jurando que con aquello no había pulmonía que valiese entre pastilla y pastilla vendía plumas estilográficas lapiceros y lotes de cuchillas de afeitar lo acompañaba una mujer enlutada y morena con un cansancio infinito en los ojos siempre sentada en una silla enmedio del corro de la gente dime de qué color es la corbata de éste caballero roja y la de éste otro que no lleva corbata se cubría los ojos con un pañuelo negro pero siempre acertaba con fatiga contestaba atinadamente no sé por qué truco o convenio con su compañero y en una ocasión lo vi golpearla por haberse equivocado dime cuántas damas te contemplan en primera fila los cabellos de la mujer lucían con un brillo grasiento y azulado oprimidos por la banda negruzca déjame ya por favor musitaba y el hombre arrancaba la venda de un tirón brusco no uno ni dos ni tres ni cinco sino seis lapiceros serán suyos gratuitamente si usted adquiere esta estilográfica último modelo por el módico precio de con todo esto a mí se me pasaba el tiempo sin sentir ya son casi las dos y salía corriendo para no llegar tarde a casa donde la Jesu daría los últimos toques a la comida haciéndome de una carrera toda la calle de López Gómez y luego la de Núñez de Arce evitando la calleja junto a la Delegación Nacional de Ciegos donde los chicos al salir de la escuela se ponían a orinar al borde de las dos aceras hacia el centro de la calzada entrecruzándose los chorros como en un ritual con lo que yo no sólo evitaba el pasar sino también el mirar hacia allá tú consultarías ya el reloj de bolsillo cotejarías la hora con la del reloj de mesa del despacho de donde se desgajarían entonces dos trémulas campanadas cristalinas y después con el de pared del comedor confinado en su caja alfonsina de vidrio y madera comprobarías entonces su ineluctable retraso de cinco minutos diarios lo enmendarías subido en una silla adelantando un poco el minuterero y aprovecharías para dar cuerda introduciendo la llave en el orificio correspondiente mira qué bonitas rosas a través del balcón donde se enredaban los zarcillos retorcidos de la añosa parra sí que son bonitas Nane sí que lo son luego sentados a la recia mesa cubierta con el mantel a cuadros te interesabas por mis pequeñas cosas tú a la cabecera yo frente al espejo con marco isabelino que presidía la estancia sobre la chimenea y donde yo me miraba de reojo y veía relucir reflejadas las bandejas y los juegos de plata y a la Jesu que iba y venía sirviendo las croquetas tiernas o las doradas frituras de huevo y sobre la mesa el pisto jugoso o la blanca merluza cocida rociada de aceite y limón que apenas probabas aquejado de aquella inapetencia que nunca te permitió disfrutar de una buena comida en un principio contabas las gotas que extraías del frasquito de cristal marrón con etiqueta blanca ribeteada de azul que expresaba su contenido ácido y que mi padre te había recetado para combatir tu hipocloridía luego debiste coger confianza o práctica y sin prestar mayor atención vertías el chorrito del cuentagotas en un vaso de agua que se enturbiaba creo que fue la única medicina que te vi tomar hasta el día aciago aquel y quizá gracias a ello pasaron tantos años sobre ti sin abatirte pese a los pronósticos de aquellos primeros discípulos que te auguraban poca vida allá por los albores del siglo y a causa de tu desmedrado aspecto.

En verano la casa grande se mantenía siempre en penumbra, sus ventanas entornadas para evitar que a través de ellas penetrasen el calor del mediodía y las moscas que inundaban zumbantes y torpes las cuadras y los cebaderos.

Por las mañanas triscábamos por las calles y por el campo. Era el momento de husmear en el viejo Alambique las estancias con los caballos nerviosos, que pateaban y sacudían con las crines las moscas azules; y de perseguir a los pavos reales, iridiscentes al sol, que escapaban desalados gritando, dejando atrás plumas tornasoladas y deshojando a su paso las rosas de pitiminí. Desde el pretil oteábamos el horizonte inmenso, el valle con sus tonos pastel, y los cortijos y dehesas en la lejanía.

Bajábamos a la huerta, a través de callejuelas zigzagueantes pavimentadas de piedras redondas donde soltaban chispas las caballerías. El pueblo estaba prendido en la ladera de un picacho agreste, el aire era fino en la sierra, la atmósfera clarísima, y en el valle se mezclaban suaves tonos amarillos y malvas, salpicados de manchas blancas de jaras en flor.

Al pasar me miraban las viejas, sentadas en el escalón del zaguán, las manos perdidas entre las faldas negro-pardas, junto al zócalo granate de almagra.

-Es nieta de Victoria.

-Niña, ¿eres nieta de Victoria?

-Sí.

-¿De quién eres tú?

-De Anita.

-¿Anita es la del médico?

-Sí.

-Condiós, hija.

Y otras veces:

-Niña, ¿tú cómo te llamas?

-Dafnina.

-¿Cómo?

-Dafnina.

-¿Darnina?

-No. Dafnina, Dafnina.

-Ohú qué nombre tan raro, puñema.

Yo me escapaba trotando, y allí se quedaban las viejas mascando no sé qué con sus bocas sumidas sin dientes.

Mi nombre se debía a un capricho mitológico del abuelo. En la iglesia no habían puesto pegas, llevaba otro cristiano.

-Y alguna tiene que ser la primera -había dicho el cura.

(Por dejar atrás tendría que dejar hasta el nombre. Luego me llamarían por el otro, por una parte resultaba un alivio. Nadie pronunciaba bien el antiguo, y me costaba dar mil explicaciones:

-Quiere decir Laurel. Fue una que se convirtió en laurel cuando Apolo la perseguía.)

Ya en la huerta nos mojábamos las manos en el arroyo bordeado de adelfas rosadas, escarbábamos en los chinios del fondo, nos adornábamos con la flor de la malva. Pelábamos los pequeños panecitos y nos los comíamos.

-Son adormideras.

-¡Ahhh! ...

Comíamos hinojos que saben a anís, y hacíamos ramos con sus flores menudas y amarillas, y con las amapolas rojas que se deshojaban, con las campanillas azules y las multicolores bocas de dragón.

-Mira cómo abren y cierran la boca.

-Se llaman conejitos.

-No, que se llaman bocas de dragón.

-¡Ahhh!...

Luego nos dejábamos caer por las vertientes cuajadas de chaparros y de brezos, nos arañábamos las piernas entre la maleza donde azuleaban los cardos entre el aroma de la tierra

caliente.

- Vámonos ya.
- Es pronto.
- Va a ser hora de almorzar.
- ¿Subimos al castillo?
- Venga.

De vuelta al pueblo pasábamos junto a los cebaderos donde se revolcaban los cochinos y sus crías con sordos gruñidos; cerca del grupo escolar con los tejados rojos y las maderas pintadas de verde, junto al portón trasero de la casa grande y los postigos oscuros del Alambique. Y nos acompañaba siempre el chasquido de los cascotes y el rasgar de los resbalones contra las piedras mondas, el paso cansino de las bestias remontando las callejuelas. Y al pasar por la plaza:

- Adiós, Coralia.
- Adiós, Dafnina.
- ¿Te vienes al castillo con nosotros?
- Bueno.

Al subir hallábamos las mismas personas de siempre, sentadas a la sombra de los zaguanes: el viejo curandero de huesos, la niña de los ojos negros que se quemó las piernas volcándose el cacharro del café. Y los niños con las velas de mocos, mirándonos pasar:

- Adiós, pava.
- Adiós, cateto.
- Ay qué risa, Marialuisa.
- Calla, zarrapastroso.
- ¡Tagarnina, Tagarnina, que te llamas Tagarnina!

Trepábamos calle arriba, por los lugares más empinados, y a mitad de camino nos dejábamos caer sentados, chorrando sobre las lajas pulidas. Y volvíamos a trepar hasta dominar el pueblo, la distorsionada geometría de los tejados derramados en la ladera,

- ¡Dame la mano!
- ¡Anda, cagueta!
- ¡Dame la mano!
- Anda, ven.

Alcanzando por fin el castillo que no era tal castillo, sino un berrocal de peñas puntiagudas, verticales.

Desde la cima y hacia la vertiente contraria, una caída pedregosa unía la cúspide con el valle. Las piedras menudas se desprendían bajo los pies, rodando hasta el fondo del desfiladero. Delante se extendía el macizo rocoso que llamábamos la Sierra, que pertenecía a la abuela y llegaba hasta Benaoján. Era una finca inmensa y agreste, pegujales entre peñas, donde pastaba el ganado. Más allá la carretera de la estación, y yo recordaba el día aquél en que descargó la tormenta, en que las montañas temblaban por el tableteo de los truenos, cuando las caballerías se desbocaron huyendo por las trochas; y el aguacero se desató calándonos hasta los huesos.

- Desde la altura bajábamos al pueblo, saltando de peña en peña a todo correr.
- ¡Corre, Camilo, corre! ¡Salta, Rafael!

Y yo salta Camilo, corre Camilo, y que no me agarrara que iba a resbalar y caer, Camilo.

Ante nosotros se desplegaban los tejados, las pequeñas azoteas, y más abajo el cementerio en un suave declive. Dentro de las tapias blancas, frente al bosquecillo de encinas, el sencillo panteón con cubierta verde que había mandado construir el abuelo Manuel. Y erguido al fondo, enmarcado por los amplios horizontes, el pico de Tabizna de paredes verticales.

- ¿Vamos un día a la fuente Tabizna?
- ¡A la fuente Tabizna!
- ¿Es que tenéis miedo?
- No...

La fuente Tabizna derrama sus aguas en el boquete tenebroso del pantano. Cae hacia el otro lado, lejos del pueblo, sobre la profunda cortadura donde sólo las cabras ponen el pie. Sólo pensar en ella se erizan los vellos como si hiciera frío.

El sol reverberando en las paredes blancas, en las aristas de las rocas, en las hojas plateadas

de los olivos. Las calles se quedaban desiertas, las chicharras cantaban entre las matas de aligustres, algún chivito suelto aquí y allá olisqueaba las piedras, la madre paseaba su tintineo entre las peñas, mordisqueando los matojos.

Descendíamos entonces entre muros encalados, entre manos de cal, que tras cubrir las casas cubren también las rocas que les sirven de cimientos; y hacia arriba desbordan el alero, blanqueando el borde del tejado. Sujetos a las fachadas con arcos de hierro, los geranios rosados, blancos y rojos desparramándose desde las latas pintadas de color.

-Yo me voy a mi casa.

-Yo también me voy.

-Pues, ¿qué hora es?

-Las que no han dao están al caer.

En la montaña había grietas negras, sin fondo, que los niños saltábamos jugando, de orilla a orilla.

DOS

Y en los asientos fuman, fuman. Hay cigarrillos en el cenicero de cristal: casi enteros, mediados, consumidos. La sombra de la aguja larga vuelve a ser nítida y tiembla también, avanza. ¿Qué harán los niños? Estaban aturdidos, los pobres. Pero estarán bien, allí. ¿Y él? Sabe Dios. Este aire frío que corre bajo los asientos y me alcanza los pies. Me duele el cuerpo ya de estar sentada. Al cambiar de posición, el friso-puzzle se alarga. Con catedrales, torrecitas y hasta molinos de viento, todo sobre el fondo laberíntico de polígonos cuarteados: añil, más añil, verdeazul, verdeocre, surcados por las venillas blancas de cemento. La aguja avanza, sigue temblando, su sombra se le ha despegado, todavía no es la hora. Cuánto faltará, cualquiera sabe, en éste no venía, claro. No es tan fácil encontrar pasaje, no es fácil. Y todavía... Las sombras de las persianas, más largas y finas ya. El sol se ha descubierto y baja de las ramas del chopo plateado, las más bajas son las que destacan ahora. Me envuelve otra vez la nube de olor a tabaco, es del hombre de Toledo que ha venido a esperar a su pariente de Málaga. Tiene las piernas abiertas y el vientre redondo desbordando el pantalón. Apura el cigarro y lanza el humo con fuerza. Oh, Señor. Un negro muy negro, y una blanca muy blanca con pelos lacios y minifalda de rayas multicolores... y la madre mulata tan morena, con su hijita, más morena. ¿Qué estarán haciendo ahora? Los habrán sacado a pasear, seguramente. La niña es flaquita y lleva pantalones vaqueros. Masca chicle y alarga la boquita abultada formando una pompa gorda y rosa, chác. En los bracitos menudos, calcomanías de colores eléctricos: fresa eléctrico, amarillo eléctrico, rosa eléctrico. Los dientes blanquísimos y la lengua del color del chicle, chác. Qué lentitud. ¿Llegaremos? No sé si llegaremos, quizá todavía. Otras veces... El chicle huele a fresa. El mozo de marrón con gorro azul arrastra su carrito. Gorro arrastra su carrito-gorro-arrastra-su-carrito. Varias cajas de cartón: Ron Bacardí. La madre mulata se ha sentado con sus pantalones ajustados, rojos, y sus zapatos de charol negro con tirillas, con alto tacón. Tiene los ojos negríssimos y sombreados, los dedos finos color bronce, uñas rosadas, y el blusón blanco le ciñe las caderas. ¡Ah, Señor! Quizá, si todavía... Puede ser. El de Toledo ha encendido un nuevo cigarrillo, y de nuevo me molesta con el humo. Un pitido agudo que anula el murmullo y un ala blanca procedente de Barcelona en una pasada ante los ventanales corridos. Voy a tener que cambiar de sitio, parece que atrajera el humo del de Toledo. Sí, bueno, como quieras. El sol, a través de la ventana alcanza ya el friso-puzzle de PADROS y las sombras que proyectan las persianas son cada vez más largas y finas. Otra nueva avalancha de viajeros, tampoco son de Málaga. De nuevo el corro ante las maletas, monjas, besos, zapatos rojos, marrones y negros, paracaidistas y una señora con una pechera descomunal. Fuma el paracaidista y se atusa la gorra ladeada, con un ave bordada en plata y un paracaídas en oro. Es muy joven y tiene botones dorados sobre el traje caqui, y doradas insignias sobre las hombreras negras.

mis muertos son ya tantos que me pesan. Monstruo inhumano, ¡cuidado! Mi salvación es la oración vocal, mi ofrenda. Os prometo el Padrenuestro. ¿Quién desterró el Rosario? Los mismos dominicos, quizá. Sólo los muertos cobran relieve, saltan a la vida, sueltan la crisálida. Tantos muertos ya, me pesan. Las greñas desgredadas, la Imagen de la justicia. Eres una bestia parda (lo he oído en algún sitio). ¡Ay, qué mierda! Si es necesario, alargaré mi vida, Señor, yo pongo lo mío. Tú pon los imprevistos. Buenas tardes. Buenas tardes, Buenas tardes. Parece que es de ayer, seguro que es de ayer, porque el Señor no pide grandes cosas, sólo que lo que hagamos lo hagamos bien. Entonces se puso a arreglar los archivos del reino, y empezaron a salir nubes de polvo, y a ojos vistas decrecían los montones de un lado y crecían de otro, bien atados con cintas de seda rosa. Y dijeron los archiveros del reino: ¿Qué haremos nosotros cuando todos los papeles estén ordenados y atados con cintas de seda de color de rosa? Nos tendrán que jubilar, y entonces no tendremos más que la tercera parte del sueldo. Es un peligro, es un peligro. Lo pusieron a achicar el agua y empezó a echar cubos de agua y el agua se salía de los ríos, de los mares. Es un peligro, es un peligro. Lo pusieron entonces a clasificar memorias de entidades, y las memorias desplazaron en las bibliografías del mundo a los libros de poesía, de ensayo, a los libros técnicos, a los de filosofía, a los de historia y geografía. Es un peligro, es un peligro. Tuvo que dedicarse a fabricar sillas de anea y ya no hubo sitio en los almacenes para las camas plegables, los armarios de cocina, ni los taquillones de estilo castellano, Que cuando empiezo una cosa el cuerpo no me deja tranquila hasta que la he terminado, y antes no era así, tú lo sabes, que todas las cosas las dejaba a medias. Sentada, bostezando, estirando los brazos hacia arriba con blusa floreada, y de pronto estos brazos son extraños, y estas manos, sí, parten de algo cercano a la conciencia pero son los brazos de un pulpo, no me pertenecen, aunque sé que puedo dominar sus movimientos, y ello me estremece.

VOZ:

Dios, ayúdame.

ÉL:

NANE; NANINA.

Voz:

Con la frente sobre la losa fría, adorando a la Divinidad. Sumergiéndose en la templada piscina del sueño. Fue entonces cuando el Señor me tocó, y ya no me soltará.

ÉL:

¿HAS ESTUDIADO?

VOZ:

Es mi obligación, y no podría hacerlo de otra forma aunque en ello me dejara parte de la vida, o la vida entera. (Prepárense a desembarcar en el embarcadero todas las embarcaciones cumplidas. Marineros.)

NIÑO:

«Seigneur, qu'attends-tu de moi?

Aujourd'hui je suis un enfant.

Mais bientôt je deviendrais grand,

alors qu'attends-tu de moi?»

VOZ:

Me resigno a soltarlo de la punta de los dedos. (Es una civilización, un mundo que se nos va.)

EL DESTINO:

Tú, narrador de historias. (Como Alá, como el Gran Manítú, el Destino, diversos nombres para la misma cosa.)

VOZ:

«Aladle al compás del sonoro timbal, que la cítara y lira celebren a Dios». (Llorando de rabia por no poder expresar lo que sentía. Como una inválida.)

NIÑO:

«Il y a tant de choses à faire et tant de métiers sut la terre! »

VOZ:

Esto será mi Viernes Santo. (Siempre desear morir mártir de algo.)

ÉL:

NANE; NANINA.

VOZ:

Todos los años he cantado a voces en jueves y Viernes Santo: «los geranios, los claveles y las rosas. Jeunes fillettes, profitez du temps».

NIÑO:

«Je peux travailler de mes mains
et transformer ce qui existe.
Je peux construire ou enseigner,
soigner et guérir les malades».

VOZ:

«La violette se cueille en printemps.
Lon la larirette, lariron lon la».

ÉL:

¡LA FE PUESTA EN UN DIOS, SEA O NO CIERTO,
HA DE SALVAR POR FUERZA AL QUE LA TIENE!

VOZ:

«Dans un jardin solitaire il a des rudes combats.
Il prie, il craint, il espère, il veut et il ne veut pas».
Señor, esto es más de lo que yo puedo, ayúdame Tú.
(Y llora de susto, como si sobre sí pesara una montaña.)

ÉL:

INCLINADA DE HINOJOS, Y CONTRITA
ANTE EL ÍDOLO TOSCO DE MADERA
SE AGRUPA CON FERVOR LA TRIBU ENTERA
Y HUMILDE SUS OFRENDAS DEPOSITA.
SI EN LAS TINIEBLAS SU RAZÓN SE AGITA
Y SU DIOS A AQUEL LEÑO CONSIDERA
¿ES SU CULPA QUE CREA VERDADERA
LA RELIGIÓN QUE A UN MONSTRUO SE LIMITA?
¿ES SU CULPA, SI IGNORA SU PECADO,
QUE EL DIOS DE LA PIEDAD CONSIENTA AIRADO
QUE LA IDÓLATRA TURBA SE CONDENE?
¡LA SALVACIÓN LE OFRECERÁ SU PUERTO!

VOZ:

«O vos, omnes qui transitis per viam,
attendite et videte
si est dolor sicut dolor meus».

NIÑO:

«Que je fasse très bien tout ce que j'ai à faire.
Tout travail, toute pensée et tout jeu, mon Seigneur,
est un hymne à ta gloire et sanctifie le monde».

VOZ:

La Costa del Sol no se llamaba entonces Costa del Sol. En realidad, no tenía ningún nombre.
(Plaza de los Moros. Azotea. Muñeca a quien había chupado la mano un gato.)
He soñado muchas veces con las escaleras sin barandillas.
(Verdad = belleza = orden = armonía = paz.)

ÉL:

BAJO EL VERDE DOSEL DE ZARZAMORA,
SIEMPRE TRANQUILA, MANSA Y SONRIENTE
FLUYE ARMONIOSA EL AGUA DE LA FUENTE...
(No había barandillas.)

VOZ:

Apenas utilizaré el diálogo, porque no puedo asegurar que recuerde palabras exactas.
(Había llovido día y noche, a torrentes, sin parar.)

NIÑO:

Dios sabe todo porque piensa, no, porque mira por el cielo y por la chimenea. ¿Por qué son malos todos los niños?

VOZ:

No sé.

NIÑO:

Yo sí.

(Cal viva. Cal apagada, con azulete. Brochas atadas en palos. Rojo en los suelos. Y arrebujadas en sus ropas negras.)

ÉL

NANE, ¿HAS ESTUDIADO?

VOZ:

En la sierra se respiraba bien.
(Pequeño manzano en flor. Era ya noche cerrada...
Cerrar los ojos al sol, y sentir a Dios en el corazón.
Modelos abigarrados. Lilas.)
Tantos colegios había recorrido en mis idas y venidas que no podía contarlos con los dedos de la mano.

NIÑO:

¿Dónde vas? Al conde, que te pelen, que te monden, que te quiten las orejas y te pongas otras viejas.
(Conde se llamaba también el dueño de la confitería.)

VOZ:

Señor, Tú me regalaste la angustia para abonar mi tierra. Y ahora estoy metida en esta aventura hasta las orejas. Me encuentro en un lago sin fondo y sin saber nadar. A pesar de todo mantener el equilibrio es trabajo de Hércules.

NIÑO:

Me parecía verte temblando. ¿Qué temías? ¿Era algo de este mundo, o era del otro?

VOZ:

¿Qué es lo imposible? ¿Qué es lo que pasa una vez a la semana? Agucemos el oído.
(Boca abajo, contra el suelo, besar la epidermis de Dios. Hay algo caliente, son los tubos de la calefacción.) Yo lo cuento como lo recuerdo hoy, Si hay algo inexacto o incompleto no miento, sino que, como mucho, estoy equivocada.

ÉL:

¡LIBERTAME, SEÑOR, DE LA TORTURA
A QUE MI POBRE CARNE ESTA SUJETA!

VOZ:

¿Sabes? Yo al principio no te quería. Te soportaba, te respetaba, y tardé años en empezar a quererte. No me puedes culpar: me habían desarraigado, me habían impuesto tu compañía.

Es ahora cuando he encontrado el camino, porque es ahora cuando me siento real, y siento que el mundo es real, y la mente humana es algo que existe realmente. (Replegándose, y postrándose ante el Señor con humildad.)

Voy viendo claramente ciertas cosas: que la religión no es un fin, sino un medio, que los fracasos no deben ser más que un nuevo estímulo, y que un éxito no debe ser más que un poco de aliento para seguir el camino.

NIÑO:

«Lon la larirette, lariron lon la.»

VOZ:

¿Y si me voy andando un poco por esas calles, tomo el sol, me distraigo, mmmm... Prohibido pensar, prohibido observar, si pudiera.

(Lunares verdes, lunares rojos, cuadros rojos y blancos.) Llorar de rabia porque otros escriben, sobre todo porque otras escriben, llorar de pena.

NIÑO:

Y si caigo, ¿qué es la vida? Por perdida ya la di.

VOZ:

Relájate, no, pienses más.

(El veneno: colocados en baldas, ordenados por materias, multicolores.)

Me persiguen, no evitarlos.

NIÑO:

Ya, venga, ya, venga, ya, uno, uno, uno.

VOZ:

Me veo en el espejo, ay no no no, por favor, ya no.

Temía por la integridad de mi razón y ahora sé que si hay algo bien firme son los cimientos de mi razón.

-Cuéntame lo del cuadro de las viejas.

-Tiene detrás un retrato del rey.

El patio florido, encajonado entre paredes blancas. Arriba, ni una nube rompe el toldo azul claro del cielo. Aquí y allá esparcidos los sillones de mimbre y las sillas sevillanas, pintadas de colores. Tras los bordes dentados de ladrillos, los arriates rezuman humedad. Ruidos domésticos rompen de cuando en cuando el silencio del mediodía soleado.

-¿Quién era ese rey?

-Era un retrato de Alfonso trece que tenía el abuelo en su despacho.

-¿Y por qué pintaste encima a las viejas?

-En la República prohibieron los retratos del rey.

Sentada a la sombra, mí tía está pintando sobre una mesa baja. Ha colocado a un lado los pinceles y el estuche con las pinturas, y también unos trapos manchados de color, y la espátula y un cacharrito de metal lleno de aguarrás amarillento.

-¿Por eso las pintaste encima?

-Sí, porque el abuelo no quiso deshacerse de él.

(Entonces el cuadro de las viejas, que conocí siempre colgado en la penumbra de la escalera, cobraba a mis ojos relieves desconocidos. Tras las dos viejecitas que andaban el camino coronadas de nieve, rodeadas de nieve, envueltas en los mantones negros, bajo un cielo rojizo, estaba el retrato del rey.)

- ¡Adiós! -exclama ella de pronto. El aguarrás se ha derramado, marcando un corro oscuro sobre la mesa. -Vaya por Dios.

No sé coser con dedal. Apoyo la aguja en la yema del dedo y aprieto; la presión sobre la tela hace que el envés me taladre la piel.

-Se me ha clavado la aguja.

-Ya te lo dije: costurera sin dedal cose poco y lo hace mal. -Sobre el lienzo ha trazado un esbozo donde se distinguen los grises de las piedras entre espacios blanquecinos. El olor del aguarrás se mezcla en oleadas con el perfume de las clavellinas.

En mis manos pequeñas van brotando a trompicones las flores a punto de cruz, sobre el trapo de panamá color crudo. Los hilos están sucios, y ni los amarillos son amarillos, sino pardos, y los azules se han vuelto verdosos, y los rosas azulados.

-Está sucio -reconozco con desánimo.

-Bueno, ya se lavará y se planchará cuando esté terminado -me consuela mi tía. Pinta de memoria, las formas y colores van surgiendo mágicos, al paso del pincel. Son matices brillantes, atrevidos, mezclados sin malicia, sin técnica pero con gran riqueza. Va apareciendo el camino pedregoso, y al borde del camino destacan las manchas rosadas de los árboles en flor. A ambos lados el carboncillo señala los contornos de las rocas, vacíos todavía.

-Porras -mascullo-, porras. -La aguja se desenhebra, chupo y rechupo el hilo, intento colarlo por el agujero diminuto.

-No chupes tanto el hilo; y no hagas los nudos tan gordos -me aconseja mi tía. La ermita, en esbozo, es una mancha blanca con cubierta bermeja. A través del cielo asoma la trama del lienzo, entre chafarrinones azules y blancos. Sujeta en la mano izquierda junto a la paleta los pinceles gruesos, medianos y finos con los que cubre superficies extensas o perfila los bordes de las piedras.

-Ya está. -Las manos me sudan, he logrado por fin enhebrar la aguja. Muy poco a poco, sobre el trapo renegrido van tomando forma las flores rojas y azules, las hojitas verdes escalonadas.

-Mira el revés, que te quede por igual. -A ojos vistas la vida va inundando los huecos vacíos, el color se apodera del paisaje. Es curiosa la técnica que usa para pintar sus rocas, las rocas que conoce de memoria. Son exactas a las naturales, y las consigue con unos pocos trazos de grises, violetas y blancos. Surgen verticales, lisas, coronadas de vetas blancas de caliza desnuda. Se superponen unas a otras, brillantes unas, otras sombrías, entre ellas se entrevén las grietas oscuras.

El revés no queda por igual, los hilos se entrecruzan sin orden ni concierto. Algún hilo cuelga, enredado.

-No queda muy bien por el revés.

-Ten cuidado. -Ella parece contemplar el paisaje en su interior, copiar de algún modelo que lleva en la mente, cambia de pincel, moja la punta en el aguarrás que se tiñe de tonalidades diversas,

se convierte luego en un líquido espeso, pardusco, de un tono indefinido; mezcla la pasta sobre la paleta, los trapos arrugados se animan de colores vivos, la espátula raspa, extiende, alisa, corta.

Yo sigo combinando mis propios colores sobre la tela: tres puntos en rojo, tres puntos en rosa, dos en celeste. Seis puntos en verde. Cuento los hilos, consulto en el cuadernillo apaisado el modelo, cuento de nuevo, comparo:

-¡Vaya, me pasé! -Desenhebro la aguja, tiro del hilo, largo, largo.

-Parece la hebra de María Moco -sonríe mi tía. Tiene un perfil nacarado, expresivo; tiene las pestañas largas, el pelo castaño ondulado, y recogido sobre la nuca en un moño alto. Tiene la risa fácil, y al sonreír se le marcan hoyos en las mejillas, fulguran los ojos oscuros; sus cejas son finas, bien dibujadas, las manos finas también.

-Ya no coso más -le digo. Observo su vestido de luto, que contrasta con la policromía de los arriates en flor. Más allá, al muro blanco le pesan las costras de cal.

Y aquel duro de los domingos por la tarde que me permitía sacar entrada para el cine de los «kotskas» y atracarme de chucherías barras de zara o de caramelo de colores entremezclados en espiral envueltos en papel celofán que se quedaba pegado y luego se despegaba chupando a los acordes de la rapsodia húngara el único disco que atronaba en los descansos entre películas arruinadas de Shirley Temple o de la Pandilla cortándose a cada paso cuadro cuadro al final otra vez la rapsodia y a la calle en cambio los carruseles traían todos los años en ferias las últimas canciones de moda la caravana con sus cantos y risas la ruta sigue sin sentir su dolor en el paseo central del Campo Grande y a últimos de septiembre junto al templete de la música o al lado del teatro Pradera donde se exhibían las revisteras del momento aunque las ferias se mojaban todos los años la gente meneaba el solomillo alrededor de la fuente del Cisne o visitaba en la jaula redonda a los faisanes o las gallinas de Guinea o tiraba miguitas de pan a las palomas que vivían en casetas de madera trabadas a las copas de los árboles tan sólo él quedó sin compañera si ella estuviera qué feliz era yo y los cabezudos a la puerta del Ayuntamiento y por las calles el Tragaldabas monstruo de cartón-piedra comedor de críos y el chaval primerizo corriéndose a manotazos las velas de mocos sobre las mejillas atezadas de melocotón dorado jolines madre si le salen los chiguitos por el culo duras y amoratadas de tan rojas y frente al convento de las Lauras donde según la tradición se venera la Sábana Santa la feria del sudario el lunes martes y miércoles de Pascua con los puestos de aceitunas gordas revueltas con polvo cortezas de tocino retorcidas y doradas y piringüingüis caracolillos negros que se comen con la ayuda de un alfiler y cacharritos de barro tosco botijos floreros huchas porrones diminutos con olor a pintura mala colores violentos que se quedaban pegados a los dedos por el sudor estaban también la feria del Carmen extramuros junto a las tapias del cementerio y la del barrio de san Juan y cada barrio tenía la suya pacíficamente bullanguera con olor a ovejas y a cocina de pajas algunos domingos soleados mi amiga Mari Angeles y yo salíamos de excursión con la tía Blanca y su novio en realidad íbamos llevándoles la cesta como luego he comprendido pero lo pasábamos todos muy bien cogíamos la merienda y la calle por delante del Santuario Nacional de la Gran Promesa para salir por la Plaza Circular a las Puertas de Tudela y cruzando la vía hasta el Alto de san Isidro en el mes de mayo se celebraba allí el concurso de arada y aquello era un bullir de mozos y mozas viejos y chiquillos que acudían de los pueblos ataviados con los brillantes trajes típicos envueltos en un tufillo de naftalina quién hará más rectos los surcos del arado y entre rosquilla ciega y bartolillo nuestros juegos de siempre qué queréis conde que hagamos con los presos que agarramos que a galeras los llevéis a mi amiga y a mí nos unía la misma nostalgia lo de ella se llamaba morriña porque enraizaba en Pontevedra Vigo Toraya Canido señorita Mari Angeles qué queréis conde cagamos con los presos caga Ramos cagaleras los llevéis ella me suministraba los gusanos de seda era una experta en criarlos con hojas de morera en una caja de zapatos con agujeros los acariciaba y a veces los partía por la mitad a ver de qué color eran por dentro y lo que tenían era un puré verdusco que se les derramaba al apretar qué asco hija cómo eres aj lo bien que salía en las fotografías y las fotos tan bonitas que tenía pegadas en los álbumes y en las paredes de su cuarto cielos y mares de Galicia mierda mierda para ti qué chicas estas ese o ge te u ele a ka ka y también dos pe dos mas ka dos por dos quintos etcétera hay que ver qué tiempos menos mal que tú no te

enterabas de estas cosas nos veías pasar como exhalaciones hacia el jardín bajando de dos en dos los escalones de ladrillo al año que viene me quedo en Galicia y yo en Andalucía qué asqueroso pueblo éste pero al año siguiente seguíamos criando gusanos en cajas de zapatos con agujeros qué pequeñines son ya crecerán este se va a morir está canijo mira los otros ya qué gordos este ya va a hacer capullo porque no come y está como atontado empezaba a trepar por las paredes de la caja oteando con la cabecita y como olisqueando soltando babas como hilillos límpiale las cagadas no se enreden en la seda y una mañana amanecía encogido envuelto en una red transparente cada vez más espesa mira este capullo no es amarillo sino blanco los otros ya babeaban también olisqueando ya no comen ni cagan bolitas negras cada uno en un rincón deponían en cambio una plastita verdeoscura blanducha que se quedaba pegada al cartón formándose alrededor un corrito humedecido de las mariposas ni me hables puaf tan gordas y tan torparronas y como de terciopelo no las quiero ni ver soltando ristras de huevillos grisáceos o amarillentos y ensuciando toda la caja y en primavera las horas se me pasaban sin sentir escarbando la tierra plantando ramas y cogiendo rosas a veces al remover con la azadilla surgían largas lombrices anaranjadas más abultadas en el centro de su elástico cuerpo cilíndrico y yo me apresuraba a echarles tierra encima porque me daban un asco de muerte.

Tras las bolas azules, rosadas, violeta de las hortensias, algunas gotas blancas rompen el verde liso de las aspidistras. Ha entrado Josefita, con su cubo de cal.

-Ohú, qué calinga. -Arrastra una caña larga, que lleva a su extremo la brocha sujeta con una guita.

-Sí que hace calor -contesta mi tía. Se han cubierto los huecos sobre el lienzo, en el añil del cielo las nubes blancas trazan chafarrinones alargados.

Me he levantado, he corrido la silla. En los muslos tengo marcadas las huellas de la anea, que pican, y me rasco.

-¿Pica, niña? -Arrima el cubo con un chirrido Josefita, apoya la caña larga sobre la pared a medio blanquear, se limpia el sudor de la frente arrugada con el envés de la mano.

-Sí que pica. -Me acerco a la bomba de rueda anaranjada que sirve para sacar agua del pozo, le doy impulso con la manecilla. Me gusta dar vueltas a la rueda. Al principio cuesta, pero después casi voltea sola.

-¿Tú no habrás visto el tapito pitolio? -pregunta Josefita. Introduce la brocha en el cubo, sujetando la caña con las manos curtidas remueve la pasta lechosa.

-¿Qué? -Gira velozmente la manivela, surge a golpes el chorro de agua transparente.

-El tapito de untá el pitolio. -Sobre la ropanegra, sobre el pañuelo descolorido que le cubre la cabeza, sobre la tez endurecida y cubierta de finas arrugas de Josefita, goterones blancos de cal.

-Yo no lo he visto -respondo, comprendiendo ya. Los arriates rezuman humedad, aroma y color. Me inclino sobre el brocal del pozo: el hueco es profundo y negro, y al fondo tiembla la superficie bruñida, rota por la luz.

-Cuidado con el pozo -me indica mi tía, mientras sobre el lienzo perfila las rocas que se apiñan en grupos, como agazapadas unas contra otras.

-Ya tengo cuidado. -Coloco la tapadera metálica, que suena con un tañido hueco cegando el agujero redondo. Al pasar junto a la mesa reparo en la pintura, en el camino pedregoso que zigzaguea, y me detengo a contemplar el cuadro.

-Es la ermita.

-Ya lo sé.

-¿Te gusta?

-Me gusta mucho. -Sobre una silla está la labor, arrugada. Recojo los hilos, y el trapo, y lo doblo con esmero.

-Anda y dile a Amelia que vaya poniendo la mesa -me dice mi tía-. Pero no te estés.

-Bueno, voy. -Reparo también en el respaldo de maderas torneadas, esmaltadas de colorines sobre fondo azul, con filetes rojos, bolitas amarillas y guindas rojas. En el centro un pequeño paisaje con su casita blanca y su ciprés en miniatura y una verja diminuta. Me gustan las pinturas de

las sillas, son muy alegres y divertidas, y tan suaves al tacto,

Sobre el muro enjalbegado, que azulea de tan blanco, la brocha cargada de líquido espeso va marcando sus trazos húmedos. Josefita me mira un momento, atentamente:

-Niña, un día de estos te voy a abrir los boquetes en las orejas. -Manipula la caña, voltea la brocha, muestra al sonreír las encías desdentadas.

- ¡Uy, si no quiere mi padre! -me escurro al pasar.

-¿Y por qué no quiere? -Introduce la brocha en el cubo, contra su borde enjuga las cerdas chorreantes.

-Porque dice que eso es cosa de negros. -El dedal inútil ha rodado sobre las losas, describe un círculo abierto, se detiene.

- ¡Anda, tu padre! -se sacude una gota de cal

-Ya tú ves. -Me agacho bajo una silla, atrapo el dedal que bascula todavía.

-Y a Rosario que vaya partiendo unas lonchas de jamón -sigue mi tía- y que ponga unos rábanos para la sopa.

Sobre las losetas se mece la sombra de la palmera, que me alcanza las puntas de los pies. El tallo de la palmera es alto y fino, erecto, y coronado de un penacho grácil que corona los tejados. Bajo las ramas que se balancean se cobijan racimos de dátiles amarillos, colocados en ristra sobre unas varillas finísimas y nudosas.

-¿No se comen esos dátiles? -he guardado el dedal en la caja de los hilos.

-Son muy ásperos -con la espátula raspa mi tía los restos de pintura sobre la paleta.

Sobre la pared blanca, sujeto a unas alcayatas que lo mantienen erguido, el jazmín de hoja menuda, de pequeñas florecitas perfumadas, de diminutos capullos alargados, violáceos, lanza sus tallos finos sobre las matas de fucsias.

-Anda, juye -me increpa Josefita-, ¿no has oído a tu tía?

En un macetón, unas extrañas hojas grandes, matizadas en rojo y en verde, aterciopeladas. En las paredes, sujetas con aros de hierro hay macetas de claveles rojos, blancos y jaspeados, y hay una ruina que se desborda en cascada verde, y la nube impalpable de la esparraguera.

Tú bajabas a veces al jardín que era mi reino y cobijó las horas de mi niñez sus escaleras de ladrillo bajo arcadas de hierro cubiertas de enredadera velodenovia sobre la muelle alfombra blanca que tejían las florecillas desprendidas como un puente entre la vieja casa y mí mundo primitivo la hiedra apoderándose de los muros incrustando en ellos sus infinitas y diminutas uñas cegando el lavadero y el cochitril donde se guardaban la mangarriega las herramientas y el bote de azufre abajo los macizos bordeados de boj reventando en verdes y rosados los capullos prietos relajándose hasta convertirse en flor entre azucenas blancas con polvo de oro delicadas gloxinias rojogranate pensamientos de terciopelo amarillomorado y el aroma espeso ascendiendo hasta el comedor entre los pámpanos de la parra y los zarcillos que se enroscaban en la balaustrada del balcón la rechoncha pita con su efímero tallo erguido los racimos de pulgones verdebrillantes apiñados bajo las hojas y las púas de los rosales y en el centro junto al pilar de riego el lilo azuleando y el guindo de guiñamelajo tachonado de bermellón y los gruesos frutos amarillos y dulces del membrillo flop flop en la gran cazuela todos los años flop el puré amarillento bullía flop tomando poco a poco un tono melado luego la Jesusa lo volcaba en cajas de hoja de lata con rótulos de colores Puente Genil Clase Extra Carne de Membrillo y con las mondas y las pepitas hervidas preparaba el almíbar para la rojiza jalea dulzona si no fuera por las quejas de algunos vecinos nunca se hubiera sacrificado la acacia gigante bien es verdad que su copa remontaba todos los tejados y sus raíces alcanzarían seguramente la plaza del Museo por lo que no es de extrañar que temieran por los cimientos de los edificios colindantes se taló entonces la frondosa acacia y al ser retiradas sus ramas se mostró el corpulento muñón desnudo que entreví a través de las cristaleras cuando la escarcha lo revestía con su barniz quebradizo y transcurrió otro invierno y un día el huerto amaneció arropado por la manta blanca de la nieve donde los gatos dejaban apenas marcadas sus pequeñas huellas redondas yo andaba con cuidado para no estropear la blancura recogía la nieve que abrumaba los setos del evónimo y modelaba un muñeco grotesco sobre el pilar de riego de donde pendía un carámbano

transparente hasta que con las manos heladas a través de las escalerillas de madera nudosa buscaba el calor acre del entresuelo donde estaban los dormitorios de servicio y el cajón de novelas policiacas y aventuras de Búffalo Bill y la antigua colección encuadernada de Algo la revista pionera de la ciencia-ficción pasaron después las ventiscas de marzo con las lluvias retoñaron los frutales reverdearon de nuevo los vástagos despuntaron los pimpollos y entonces sucedió el inquietante prodigio fueron primero innumerables puntos verdes casi movedizos sobre la tierra abonada y oscura después diminutos seres vegetales surgiendo en cada palmo de terreno y pronto una invasión alucinante de brotes tiernos que con vívida inquietud comenzó a apoderarse de cada macizo de cada sendero o recodo donde hubiera un poco de tierra húmeda y al desplegarse ya libremente se mostraron los pequeños tallos de acacia mientras toda la pericia del jardinero no lograba conjurar aquel desastre nunca pude saber si fueron las semillas esparcidas al cortar el árbol germinando en aquel medio favorable o el vigor irreprimible de la savia apresada en las raíces rompiendo las profundas tinieblas camino de la luz pero mis ojos espantados contemplaban el fantástico asalto presintiendo algún poder desatado de la naturaleza mientras que del chato muñón surgían casi a ojos vistas dos brazos verticales lisos y robustos que alcanzaron enseguida la altura de la vieja acacia cubriéndose a su vez de renuevos tiernos y de verdes hojas rutilantes y hasta en sueños me perseguía aquella eclosión frenética y me despertaba manoteando la hojarasca que me asfixiaba en la pesadilla hasta que por fin a duras penas pudo irse arrancando el bosque improvisado que alcanzaba ya considerable altura y las plantas fueron desembarazadas de su acoso sin que pudiera evitarse que varios pies de acacia arraigaran entre los setos.

Dentro, las losetas del corredor brillan frías, enceradas, Al pasar abro la puerta del gran comedor silencioso; con las porcelanas relucientes en los aparadores, con los juegos de café ribeteados de oro, las tacitas antiguas decoradas con guirnalda de rosas, con rótulos amables: Amistad, Amor. Sobre el camino de mesa, el centro plateado con las frutas de cera que parecen de verdad. Son suaves, duras y suenan a hueco. Hay naranjas porosas, con cinco pequeños sépalos verdes; y las manzanas son amarillas con un carrillo colorado, y hay también limones que rematan en una tetilla puntiaguda. Y plátanos. Me gusta pasar sobre ellos los dedos, que resbalan sobre la superficie coloreada. Salgo luego hacia el corredor, hacia la cocina donde trajinan las muchachas entre columnas ahumadas.

-Amelia, dice mi tía que vayas poniendo la mesa. -En el lebrillo, los pedazos de pepino sobrenadan el gazpacho. Alcanzo una patata frita de la fuente.

-Ya mismo voy. -Sale Amelia pimpante con el delantal blanco.

-Largo, niña. Jopo de aquí, -La cocinera resopla, suda, espolvorea las patatas con sal fina.

-Es que se me salta la yel. -Alargo la mano, agarro un puñado de patatas fritas.

-Pues que se te salte. Deja ya las papas. -Sancocha la carne, maja los ajos en el almirez.

-«En la cárcel de villa, hoy me van a encerrar... » -canta la planchadora en un extremo de la cocina, mientras espurrea la ropa y la va poniendo en rollos apretados.

-Hago lo que me da la gana. -Tuerzo los ojos, mastico con fruición las patatas.

-Tiene tela la niña. -Agarra el rabo de la sartén la cocinera, separa la sartenada a un lado, escurre las patatas con la espumadera.

-«Pues los jueces castigan el delito de amar... » -en la plancha de hierro la planchadora suelta un escupitín que cruje, saltiquea y por fin cae al suelo pulverizado.

-Anda y cambia las flores del búcaro, así te entretienes. -La cocinera descuelga las tenazas de hierro, hurga en las brasas del anafre.

-No quiero. -Alcanzo otra patata de la fuente.

-Pues vete a hacer puñetas. -Agarra el soplillo, atiza la lumbre, surge una cascada de pavesas incandescentes.

-No quiero. -El calor en la cocina se va haciendo líquido.

-«Eya fue mi tormento, eya fue mi pasión, pero un día la ingrata de mi amor se burló... » -la planchadora estira el embozo húmedo, con la plancha ardiendo le arranca nubes de vapor.

-Anda, pérame los rábanos, que tengo prisa. -Coge el cachucho de la ventana la cocinera, lo

levanta en alto y empieza a beber.

-No, que me voy. -Me limpio la grasa con el envés de la mano.

-Vaya por Dios. -El chorro brillante se le cuele en la boca, al tragar le tiembla el bocio incipiente, con el delantal oscuro se enjuga luego el agua que ha bosado por las comisuras.

Atravieso la puerta hacia la casa, la puerta brillante pintada de marrón oscuro. Reparo en la gatera, el agujero redondo abierto en su parte inferior. Aquí no hay gatos, pero todas las puertas ostentan el mismo agujero, tan redondo. Luego me alcanza el gemido desaforado de la planchadora:

« ... me castigan por matarla, ay de mí,
sin pensar que no la olvido.. . »

y a través de las gateras veo las piernas que van y vienen, que vienen y van, y veo los mosaicos brillantes en que se reflejan los muebles, hacia el lado de la casa,

« ... y llorando va mi alma, ay de mí,
y triste yo canto así... »

y veo las grandes losetas coloradas, pintadas de rojo, en la cocina, y siempre las piernas de las mujeres que arrastran las alpargatas hacia acá y hacia allá, trajinando.

En el hueco de la ventana, las flores que puse en nuestro altar se han puesto mustias dentro de los frasquitos de brillantina. No encuentro a mis primos por parte ninguna.

- ¡Manolo! ¡Victoria! ¡Rafael! -Las estampas de santos se alabean al sol, sujetas con chinches en el poyete: San Antonio de Padua, María Auxiliadora, San Cristóbal con el niño a cuestras. Y me viene a las mientes:

-« ¡San Cristobalín, patín, manín, cara de rosa, dále un novio a mi niña, que la tengo moza! »

-¡Rafael! ¡Victoria! -Y amarillean los retales de encajes con los que simulamos un altar, el Niño Jesús sobre las pajas de la cuna alza la piernecilla rosada bendiciendo al mismo tiempo con los deditos de la mano derecha.

Desde el rellano de la escalera, subidas en su pintura, coronadas de nieve, rodeadas de nieve, protegiendo al rey bajo un cielo rojizo, me miran las viejecitas con sus ojos de carbón sobre las caras pálidas. Y en el gabinete, entre pieles de zorro y trofeos de caza, me mira fijo con sus ojos de cristal un gato montés.

Luego, sobre la mesa la sopa dorada con lonchas de pan y una ramita de hierbabuena que le presta sabor y olor, y el platillo de rábanos abiertos en forma de corola, rojos por fuera y blancos por dentro, y su cogollo de hojitas verdes; y la rana verde de loza con la boca muy abierta y la barriga llena de huesos de aceituna (desde lejos intento atinar en la boca abierta con los huesos de las aceitunas); y el porta-palillos-pájaro, de metal plateado, que impulsado con el dedo introduce el pico largo y bífido en un recipiente de cristal, y saca sujeto a su extremo el botín de un palillo de dientes. Y a través de la puerta que tiene gatera, vaharadas a cocido caldoso donde nada falta: con las carnes gelatinosas, la legumbre y los embutidos, ramalazos de espinacas y sobresaliendo anaranjados los trozos cuadrados de la calabaza.

El bullicio de la semana santa se mantenía lejos del recinto de nuestro barrio recoleto no se advertía en él ningún signo de religioso folklore fuera de algún cofrade rezagado andando a paso ligero su capa reluciente blanca o roja o negra rizada por el aire fresco la vela apagada y una enguantada mano sujetando bajo la barbilla del capuchón de raso ojos chispeantes tras los huecos negros y plateadas hebillas en los zapatos el jueves a primera hora de la tarde en la plaza del Museo ante el palacio de Santa Cruz y el Cristo de la Luz patético en su demacración sangrienta se congregaba la cofradía de Docentes aquel día tía Carmen tenía que comer más temprano que de costumbre date prisa Jesusilla que no llevo reuniéndose luego con el grupo de catedráticos y profesores todos con el crucifijo pendiente del cuello y elevando el confíteor después el Cristo regresaba a la capilla hasta otro año, el mismo día a la misma hora y a las tres de la tarde todo el mundo volvía a su casa mientras los fieles visitaban los monumentos expuestos en iglesias o capillas conventuales el Santuario Nacional de la Gran Promesa la Siervas tienen más o menos velas que el año pasado velas a diecisiete pesetas las de esperma son más baratas pero no sirven capilla de Santa Cruz iglesia de la Magdalena qué heladora los Jesuitas la Enseñanza las Salesas Reales pero la Antigua está cerrada largas colas siete iglesias siete padrenuestros en cada una con avemaría y gloria patri y viva Jesús Sacramentado viva y de todos sea amado y a un apuro los siete

padrenuestros con avemaría y gloria siete veces en la misma iglesia sólo que entrando y saliendo cada vez quién adornó mejor el monumento seguramente el colegio de los Jesuitas hay que ver qué palmas más hermosas parecen arcos o surtidores de oro como las de las Francesas son las que llevan las niñas en la procesión del domingo de Ramos palmas de las más caras altas y recias traídas expresamente de Elche los de las escuelas las llevan enanas y despelujadas o llenas de lacitos y jeribeques de las que vendían en la esquina de la plaza del Campillo pobrecitos el Santuario Nacional reluce como un ascua con los angelitos como pepones sujetando algo en alto encaramados de dos en dos sobre los pilares lisos sus cabellos de un dorado sin pátina y la imponente imagen del Sagrado Corazón obra de Granda con los brazos extendidos presidiendo desde el retablo central y el Cristo de Burgos al lado de la epístola flanqueado por dos hermosos varones angélicos aún no habían entronizado a la virgen del Pilar al lado del evangelio ni a la virgen filipina ni a la de Guadalupe en los altares laterales y ya confesaba el cura viejito que según decían había visto a Nuestra Señora y era santo Padre me acuso de que me olvido de rezar sentado en el primer confesionario a la derecha hija te olvidas de desayunar consumidico y ciego no padre don Valentín se sentaba en el primero a la izquierda y luego dirigía desde el púlpito el rosario y las letanías que se rezaban entonces en latín kyrie eleison los fieles no entendían en gran parte lo que estaban diciendo Christe eleison pero se veían arrullados por un cierto clima místico turrís davídica turrís aeburnea al final la frase en que todo el mundo se hacía un lío ut digni efficiamur promissionibus Christi los días de gran fiesta Quién dio a la España la nueva alegre de los amores del Salvador fue el padre Hoyos que en san Ambrosio del mismo Cristo la recibió y las voces de acero y cristal de los monaguillos en el coro Christus vincit Christus regnat Christus Christus imperat estallando entre nubes de incienso sobre las brillantes vestiduras de pontifical o en días de dolor grandes cortinas moradas velando al Sagrado Corazón y todo lo demás y fuera las procesiones todavía sin turistas ni ministros la larga procesión del viernes santo y la de la soledad por la noche con la virgen de las Angustias o de los Cuchillos que se mojaba todos los años hasta que le pusieron un plástico por encima y la procesión del Viacrucis y la de la Cárcel junto al prado de la Magdalena camino del cementerio donde yo me plantaba mascando pipas y desde donde más que ver adivinaba envuelta en la polvareda de puntillas sobre un bordillo o un pedrusco medio ahogada por la muchedumbre mientras a la puerta de la cárcel Dios te salve Reina y Madre los presos entonaban la salve a la Virgen y un preso obtenía la libertad y una vez la salve cantada de Nuestro Señor Jesucristo amén y el preso libre la oleada humana abandonaba la zona a empujones limpiándose los niños los mocos en el jersey nuevo chiguito marrano las viejas secándose las lágrimas o la rija con el envés de la saya y las madres contando a los chicos por no perder alguno en la refriega entre el fresco airecillo penitencial y un tibio sol pajizo caldeando sin fuerza después en casa las faldillas calientes y tu omnipresencia los pasos leves de la Jesusa la jicarita de chocolate humeante y espeso con el bollo suizo y el vaso grande de leche y tú Nanina estudia y yo ya lo tengo todo hecho y vuelta a los lápices de colores y a revolver los cajones y tú y el viejo caserón protegiéndome de los miedos y de los peligros de fuera y la gata acurrucada debajo del sofá mirándome fija con sus redondos ojos fosforescentes mientras llegaba el momento en que del reloj de mesa del despacho se desprendieran diez campanadas cristalinas y el del comedor marcara las diez menos dos minutos nos sentáramos a cenar y luego las noticias de Radio Nacional y la crónica local por Francisco Javier Martín Abril y a la cama hala Nanina a dormir hasta mañana abuelito que descansas y así tantos días uno tras otro tejiéndose los meses y los años y siempre tu mismo tono sereno y sosegado.

-Puñetera niña, ¿tú ves lo que has hecho?

Florentino tira de mí, que me resisto, abandona sus libros de cuentas para llevarme al lugar del delito, me obliga a atravesar el pequeño despacho. Arriba, en un estante, asoman los bordes de colores violentos de varias resmas de papel de seda.

-Eres el demonio. ¿A quién se le ocurre?

A trompicones he bajado los cuatro escalones hacia el patio grande, frente al depósito del agua y el portón que da al Alambique, y miro aquello como si lo viera por primera vez. Abro mucho los ojos y allí está la mesa, la gran mesa alargada de faena, con su tablero de castaño recio pulido

por los años.

-Puñetera niña. Verás cuando lo sepa tu tío.

Yo misma me asusto: por encima del tablero liso asoman, punteándolo, muchas cabezas de clavos grandes que me entretuve en clavar casi sin darme cuenta. Ahora me extraño de haberlo hecho. Por debajo asoman las puntas de hierro.

-Parece un erizo -pienso para mí, y la cosa me divierte por un momento. Luego me escabullo en cuanto puedo.

Dejando allí a Florentino que vocifera gesticulando con sus manos fuertes, la mesa arrimada a la pared cosida a martillazos con los clavos grandes, y que parece un erizo con las púas tías bajo el tablero, puñetera niña, y el portón trasero que da al Alambique con las grietas en la madera por donde se ve la calleja empedrada, y los pesebres de piedra, allí donde mi tío le arrancó a la yegua la sanguijuela de la garganta. El animal echaba sangre por la boca, sangraba y relinchaba quejándose, y él metió la mano, metió el brazo hasta el codo por las fauces abiertas, tanteando el gañote hasta dar con el bicho. Mientras, la yegua aguantaba mansamente, adivinando la buena voluntad. Luego relinchó, pero de gusto, lo rozó con el testuz, agradecida, y pateó las moscas y las sacudió con la crin de la cola.

Dejando allí el gran depósito de agua, de hierro remachado. Y la tina de zinc que lo sobrenada, donde mis primos y yo jugamos a veces a los marineros. Y en el almacén los jamones colgados del techo, llorando grasas escurridizas, como estalactitas opulentas; anchas tiras de tocino blanco, veteadas, cubiertas de granos de sal gorda. Y las latas de chorizos en manteca, precintadas con tiras de hojalata, y pintadas de azul con letras en plata. Otras con trozos de lomo frito y tierno, sumergidos también en manteca blanca. (Pobrecita, pobrecita, ¿te sacaron ya la sanguijuela?)

Saltando sobre los escalones, bajando por el desnivel, descendiendo a través del patio hacia la fábrica escucho el parloteo ininteligible de las mujeres que, en largas mesas, van atando los chorizos turgentes. Luego los colgarán en cañas, se curarán colgados, arrugándose y oscureciéndose, con las chapas redondas pendiendo de los cordoncillos de color. (Puñetera niña, verás cuando lo sepa tu tío.)

Me alcanzará el vaho de la sangre caliente, cociéndose en los grandes peroles. Y el aroma de los chicharrones friéndose en las sartenes, anticipo de meriendas succulentas, chicharrones untados en pan, pringados en el café con leche.

(Tiene mi tarara unas pantorrillas que parecen cañas de colgar morcillas. Mi tatará sí, mi tatará no.)

-¡Victoria! ¡Rafael!

El olor a zotal por todos lados, y el tufo picante del agua oscura mezclada con cáustica, corriendo por los canalillos en desnivel, entre las losas renegridas por la grasa.

-¿Dónde os habéis metido?

Abajo en los mataderos relucen las grandes calderas de cobre rojizo, y alguna vez se escucha berrear a un cerdo en un alarido último.

-¡Estamos aquí, estamos en el columpio!

En el matadero, antiguo, que ya no se utiliza, el columpio se bambolea suavemente colgado de una viga: son dos cuerdas gruesas que sujetan una tablilla de madera.

-¡Ay qué frescos! Me toca.

Me ajusto al balancín, me agarro fuertemente a los dos lados, siento varias manos pequeñas que me impulsan desde atrás.

- ¡Uy, me da angustia! -he dicho mientras me mecía, cada vez más fuerte, hasta que las puntas de los pies casi daban en el techo.

(¿Qué es angustia? No lo sé, pero la palabra me suena bien, me llena la boca.)

- ¡Ay, qué angustia!

(Es una sensación que me muerde el estómago al bajar, y me atonta la cabeza al subir. No conozco su significado, pero la palabra me gusta: angustia. Me empujan mis primos, me empuja Camilo, el niño amigo de los ojos de gato. Los ojos le brillan por la noche, y se le puede distinguir, agazapado, en la oscuridad.)

-Venga, me toca a mí -ha dicho mi primo el mayor, que es más chico que yo y es rubio y blanco como un angelote. Tiene una curiosa mancha oscura en la frente, entre las cejas.

-Es un antojo.

A través de los postigos que dan a la calleja se escucha el resbalar de las bestias sobre las piedras pulidas,

-¿Qué es un antojo?

-No lo sé. Venga, me toca. Anda, Camilo, da fuerte.

Lo empujarnos, uno por cada lado, sale lanzado hacia arriba.

-¿No te da angustia, Rafael?

Sube más cada vez, los rizos dorados le tapan los ojos.

-¡Uy sí, qué angustia!

-Venga, niños, a merendar -pasa Josefita como una sombra vieja, bajo el manto negro que le ciñe la cabeza. Habrá encontrado ya el trapo del petróleo, porque frota algo acá y allá. Luego buscará el «berbilibiquí», para abrir agujeros, o cualquier otra extraña cosa.

TRES

NIÑO:

Y cuando ya estén todos muertos y no haya nadie en las casas, ¿estarán ya todos vivos?

VOZ:

¿Cómo dices?

NIÑO:

Que si después todos estarán ya vivos.

VOZ:

Creo que sí.

NIÑO:

Y ¿todos tendrán alas?, di, ¿todos tendrán alas?

VOZ:

No lo sé.

Casi las siete ya, unrevoloteodealassenelaire, tengo frío, el sol se ha vuelto de plata, no, de aluminio, no, de hielo, estás aquí, me miras y me envuelves, qué tontería. Padrenuestroqueestásenloscielos. No llega y es terrible esta espera, no llega y tengo frío, esterribleestaesperanolleganollegatengofrrriote ... ofrr ... í... desinflarse ya, gastarse tal vez para siempre, y al fin, ¿para qué? Dejarse llevar como un arenque. El lago está verde de espeso cieno. Y ni el olor de la hierba cortada sofoca el olor del cieno. El automóvil naranja un oasis de paz junto a las rayas amarillas. Una combinación de genes. La soporto. «Arenque: pez malacopterigio abdominal, de unos 25 centímetros de longitud, que se come fresco, escabechado o curado al humo.» Perdona, perdona, perdona. Primer vacío, vacío segundo. Contra pereza, diligencia. Intento abandonarme al sueño y me sumerjo en el vértigo profundo de tu lacerante presencia que me engulle. Algo se ha roto en mí, algo se ha roto, se ha roto. Señor, te nos han querido escamotear con intereses creados, y eres lo único que tenemos. Tic. Movimiento convulsivo habitual. Sin. convulsióncontracciónnataquedenerviosespasmopasmoaccesodehipotemb lor agitación síncopepataletapalpita ción azogamiento contorsión tétanosperlesia TIC gesto estremecimiento escalofrío calofrío estremezón muertechiquitacarrillada epilepsia herilgotac aducogotacoral morbocomicialmalc aducomaldecorazónaurae pilépticaaurahistéricaalferecía m-

a dre de ni ñ o se cl a m p s i a b a i l e d e S a n V i t o c o r e a r a j a n i a r i s a s a r - d e s c a r i s a r d o n i a r i s a s a r d ó n i c a a d a p t a d o d e l C a s a r e s p o r m í . E l l o s e l e v a n g r a n d e s , a l t í s i m o s e d i f i c i o s : u n o s m á s a l t o s y o t r o s m á s b a j o s . Y o e l e v o m i e d i f i c i o . N o s é s i a l t o o b a j o , p e r o m i e d i f i c i o . C o n v e n c e r , c o n v e n c e r , q u é a b u r r i m i e n t o . M e j o r r e s p e t a r y s u p e r a r s e .

El humo de un cigarrillo garabateaba en volutas y viene directo a mi nariz. Fuera, taxis negros de raya roja. El sol ha abandonado el chopo blanco y bordea un pinito achaparrado, cerca ya de la línea del césped. Ha inundado ya todo el friso de PADROS, haciendo relucir los relieves del puzzle. Ya son dos los paracaidistas, qué jóvenes, casi unos niños. Ah, ah. Lo había olvidado. Nunca pensé... Ahora son cuatro, se levantan y se van con las bolsas color caqui y las boinas terciadas, bordadas cada una con un ave en plata y un paracaídas en oro. Tengo ya ganas de llegar allí, aunque no. Pasa un Búffalo Bill con barbita, lleno de tirillas de cuero. Es imposible distinguir las palabras del altavoz, ni siquiera su idioma, entre el run-run, esta impresión de tener la cabeza de corcho y el tintineo de la cafetería. La corriente de aire por debajo de los asientos me está dejando los pies helados... El cielo se ha despejado por completo menos una nubecita larga que parece un jirón de nieve iluminada. El sol, entre las ramas del pino, es el centro cegador de un millón de rayitos concéntricos. Después no veo nada, todo se ha vuelto gris. Todo se ha vuelto. Se ha vuelto. El puzzle de PADROS va perdiendo poco a poco sus reflejos. Unrevoloteodealasenelaire. Por un momento la gran nave ha quedado casi solitaria y puede distinguirse más claramente el sonido de la voz, aunque no logro descifrar las palabras: en castellano, luego en lengua extranjera. No queda más que la nube iluminada y una sombra larga ha invadido el puzzle. La sombra de la aguja larga casi no existe, lo mismo que las líneas que proyectan las persianas. Fuma una joven vestida de rosa con los cabellos teñidos en rubio ceniza. Son teñidos, sin duda, porque tiene las raíces oscuras. Con las cerillas de palo a medio quemar, y los cigarrillos retorcidos, una cajetilla arrugada y varios papeles de caramelos. Un autocar ante los ventanales, nuevos niños patinan sobre el mármol tostado.

Y que unos escalones sin alma no tienen relieve, aunque sean los del jardín, aunque sus arcadas se cubran de enredaderas cuajadas de florecillas blancas-velo-de-novia, aunque las florecillas blancas se desprendan formando una alfombra mullida. Hoy soy consciente de que eres tan abuelo mío como todos los abuelos lo son de sus nietos. Para saberlo habré tenido que perderte. «Señora, señora, no deje de hojear lo que más la interese de nuestra producción, queremos contarla entre nuestros más dilectos clientes, aquí tiene usted esta novedad y ésta y ésta, y este premio y éste, no vacile en hojearlos todos a su gusto.» Gracias, gracias, las habichuelas. Traseros blancos, traseros rojos, ceñidos, redondeados, cachetes a cuadros, corvas onduladas, pantalones flojos, bocones. Saco lleno, extraer, entresacar. También conocimos a una que se murió de ganas de morir. Otras veces me pongo triste, pero pienso: ya pasará. He puesto toda la carne en el asador, un día de éstos plantaré un árbol. No conocías Málaga. No fuiste allí ni cuando se casaron mis padres, porque mis padres no se casaron en Málaga, sino en Montejaque. No todos los gusanos llegaban a colmo, «un chasseur sachant chasser chassait sans son chien.» El bordar puede desarrollar la paciencia, virtud de la que siempre he carecido. Y el sentido del orden, cualidad que poseo ahora en grado superlativo. «Todo hombre, a poco mérito que haya tenido, debería escribir sus memorias. Pero nunca antes de los cuarenta años.» (Vida de Benvenuto Cellini. Escrita por él mismo en Florencia.) Me ha llama me ha llamado esta tarde y me ha dicho que tenía muchísimo que hacer, me ha llama me ha llamado esta tarde me ha llama me ha llamado esta tarde y me ha di me ha llamado esta tar Enterrada, escarbar, uñas y dientes para salir de aquí.

El fondo monótono de la voz a través de los altavoces, los altavoces con aspecto de pájaros exóticos. ¿Estaban encendidas las lámparas, o las han encendido ahora? No lo sé. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once redondeles luminosos. Tenían que ser doce, pero una bombilla no luce. Una medio-monja de gris y niños que patinan, ¿son los mismos, o son otros?

¡Qué despacio se va el sol! Parece que lleva un siglo tras el horizonte. Consigna. Left luggage office. Sala de recuperación. Recovering-room. Telégrafos. Telegraph office. Teléfono. Telephone. La puerta entreabierta de la capilla, suave resplandor, los bancos encerados son lisos, suaves, y no hay nadie, «Señor, Tú me sondeas y me conoces, me conoces cuando me siento o me levanto.» Enfrente el sencillo altar, sencilla cruz. Alfa y Omega. El Principio y el Fin. Rodeados por el silencio, colocados sobre los reclinatorios, los libros de oración: «Tañed para el Señor, fieles suyos, dad gracias a su nombre santo, su cólera dura un instante, su bondad de por vida; al atardecer nos visita el llanto, por la mañana, el júbilo».

Hoy me han dicho que te toque, Señor. ¿Me dirán mañana que no estás aquí? No lo diré ni lo comentaré, temo que sea todo una jugada de mi imaginación. Tenía ante mí la copa dorada repleta a rebosar de tu Cuerpo blanco. Sí, realmente el temblor que todavía me destempla es el temblor de la pesadilla. En mi sueño ellos, ellas metían sus dedos y escarbaban en tu Cuerpo. Yo levanté los ojos incrédulos hacia aquél que, envuelto en seda verde, te repartía, «No, eso no se hace, deberían haberme advertido.» Mientras tanto me llegaba la vez (aún tengo el sudor frío, una extraña sensibilidad en las sienes, aún respiro con dificultad) y aquél, envuelto en seda verde, no se movía ni decía nada, qué cosas tienen los sueños. Me detuve ante la copa de oro, todo el mundo esperando tras de mí. Y una voz interna, espontánea y pujante, se elevó en mi interior. «no, yo no», mientras mis venas se quedaban vacías y las manos sin fuerza. Qué raros son los sueños, vi dentro de aquella copa doncellas violadas brutalmente, caricias adúlteras esparcidas, todo en un larguísimo segundo. «Oh no, yo no haré eso.» Por fin te han tomado y te han puesto en mi boca. Ya me ha pasado otras veces, tras la pesadilla palpar humedad de lágrimas en ta almohada. Hoy las lágrimas caían en rodeles sobre el banco encerado. Ni rezar he podido.

Pero por las tardes nos bañaban y vestían de limpio, y salíamos a la plaza con la niñera; todas las tardes nos bañaban a mis primos y a mí: colocaban tinas de zinc en la gran cocina y las iban rellenando con ollas humeantes. Después nos ponían de punta en blanco, todos los días; y salíamos con la niñera a jugar a la plaza.

Como mucho, bajábamos por la calle principal procurando no resbalar con las sandalias embadurnadas de blanco; por la calle principal que moría abajo en carretera de tierra bajaban y subían las mujeres vestidas de negro, envueltas en mantos negros de algodón y tapándose la cara con ellos. Sobre la cabeza la roílla de trapos retorcidos, y sobre ella el cántaro balanceándose a cada movimiento de la mujer, formando un todo con su humanidad oscura.

Dejábamos a un lado los cebaderos grandes, donde se daban a veces funciones de teatro por compañías modestas.

-¿Qué ponen hoy?

-Anacleto se divorcia.

O bien:

-La pluma verde. («Y por eso me llaman la cursilona de la pluma verde...»)

Tras las puertas barnizadas de las casas se adivinaban zaguanes en penumbra, gentes ocupadas en sus faenas. Y jarritas, la capuchina dorada que reluce, el pequeño velón sobre el paño de ganchillo o macramé, y el florero de porcelana de donde surgen, irisadas y gráciles, rematadas por concéntricos y misteriosos ojos, varias plumas de pavo real. Sobre las paredes blanqueadas una abigarrada colección de adornos barrocos, de portacartas bordados en sedas de matices suaves, pendientes de cordones de seda. Espejitos picados, grandes estampas de colores chocantes en marcos de maderas caladas, fotografías pardas, grupos familiares que rígidamente miran hacia la cámara, o antiguas fotos de bodas o de Primera Comunión. Y al fondo el resplandor de los patinillos llenos de macetas floridas, medianas o grandes o chicas, y el batiburrillo de una esparraguera enredándose en la maraña azul pálida de la celestina.

Pasábamos junto al bar y su amplia terraza acristalada que daba al campo, donde ya Coralia se peinaría las trenzas para salir a la plaza.

Y dejando atrás el pueblo, el bar y la huerta, llegábamos al grupo escolar y la fuente Marchal.

Junto a la fuente de grueso caño, las matas apretadas de culantrillos, los lavaderos con el agua corriendo a borbotones sobre el lecho cubierto de verdín.

Tras los muros encalados de la iglesia, la penumbra fresca está saturada de un aroma húmedo a cera quemada y a flores marchitas; un haz oblicuo penetrando por la lucera traza su rastro luminoso que se quiebra en el enlosado. Cualquier pequeño ruido levanta ecos sonoros en el recinto medio vacío. La pequeña Virgen presencia desde arriba el cuchicheo de los niños.

-Por la señal de la santa canal, cayó una teja mató a una vieja, cayó un chinillo mató a un chiquillo... -uno de ellos toma agua de la pila y se persigna, gesticulando.

-Cállate niño, que eso es pecado.

-¡Anda, pecado! -inicia una genuflexión, se sienta por fin sobre el terciopelo ajado de uno de los reclinatorios.

-Claro que sí.

Junto al sagrario titila una lamparilla dentro del recipiente de cristal rojo. Una mujer rezagada abandona el último banco, que cruje. Cruje también la puerta de la sacristía, en su recuadro aparece el monaguillo con el matacandelas en ristre.

-Paco -susurra el niño con los ojos glaucos desde el reclinatorio.

-Qué -responde el monago.

-Que si tienes recortes -las piernecillas renegridas, las manos menudas, los dedos exploran los calados en las sandalias oscuras.

-Eso, mañana. Hoy no tengo -bajo la curva de un nicho blanquean las azucenas de San José.

-Eres un angurrioso. Te las comes tú todas -guiña un ojo, guiña otro, vislumbra entre las pestañas las velas encendidas.

-Mentira -dice el monago. Empieza a apagar las velas, manejando con tiento la caperuza cónica al extremo del palo largo.

-¿Te vienes a jugar a la plaza?

-Aguardad, que ya mismo voy -sigue apagando velas, que humean, se mueve de acá para allá.

-Afuera te esperamos -otra genuflexión, otro garabato junto a la pila del agua bendita, la voz retumba en los altos y en los pilares.

-Bueno.

Sumerge el hisopo en el acetre, se vuelve el monaguillo con un tintineo de llaves bajo el faldón colorado, rocía a los otros desde lejos:

-Asperges me, domine.

Saltan los otros dos a coro:

-Amén.

Después que el sol ha desaparecido tras la mole del Hacho inundando los cielos de un resplandor rojizo, la luz incierta de la tarde va dominando el pueblo. La silueta blanca de la iglesia, su torre y las campanas calladas se recortan sobre la pared rocosa, y los árboles cercanos cabecean suavemente. En los escalones de piedra, en la rampa que desciende hasta la plaza, algunos chiquillos se han sentado, rendidos. Otros vuelven a sus casas, sus voces se pierden tras las puertas y las esquinas. Una calina tenue se extiende sobre los tejados, desdibuja las cumbres en la lejanía.

Yo también me he sentado. Dejando resbalar la mirada sobre los muros blancos, sobre las copas verdes de los árboles y la farola solitaria. Cerca de mí está Simón, en su silla de anea, apoyado en el zócalo oscuro. Junto a él hay un hombre de luto, todo negro de pies a cabeza, desde las alpargatas al sombrero de anchas alas, pasando por la camisa de un negro pardo. Y al lado, una mujer sentada en una silla baja se atusa el rodete, lo prende después con una horquilla de moño.

-Simón encontró sus gemelos entre las cenizas, ¿no verdá, Simón? -la voz de la mujer es aguda.

-Cogí lo que púe, ná, y enterraron aquello en el cementerio -contesta Simón. Su mano descansa sobre la pana que le cubre la rodilla. Observo sus dedos largos, las uñas duras, amarillentas, que rascan inadvertidamente la tela del pantalón. En el anular le blanquea un aro plateado.

Algo en lo que oigo me sobresalta, adivino una alusión en la mirada huidiza de la mujer o en

el gesto vago del hombre de luto.

-¿En la casilla del tejado verde?

-No, en el de Ronda -se acentúan los pliegues en el cuello cobrizo de Simón, sus ojos son dos surcos profundos bajo las cerdas erizadas de las cejas.

Sé que hablan de una historia que la abuela evita siempre, que tengo entreoída en medias palabras y en alusiones veladas. Que resucitan sucesos antiguos, relatos sombríos, heridas olvidadas. Simón se vuelve y me ve, sus ojillos brillan más y los rodea de pronto un halo rojizo.

-Niña, ¿estás ahí? No te había visto.

-Hola, Simón.

-Buenas, niña -una sonrisa distiende el rictus de su boca, muestra las encías desnudas, hace brillar los pelillos de la barba, del bigote.

La mujer se ha levantado, con el pañuelo negro se ciñe la cabeza, lo anuda después hábilmente, se sacude las faldas y se va. Con ella se va el hombre de luto.

-Condiós, hasta mañana.

-Condiós.

Me acerco a Simón, que tiene a su lado la silla baja, vacía.

-¿Me puedo sentar?

-Claro que puedes. Siéntate.

Me acomodo en el asiento, cierro los ojos, intentando vencer el nerviosismo que me invade, una inevitable sensación de ansiedad.

Y noto en la mejilla la caricia áspera de sus dedos. Después lo miro fijamente y le pregunto:

-Tú fuiste amigo suyo, ¿verdad, Simón?

Las niñas que trepábamos por las breñas no habíamos visto nada de aquello. Sí que nos lo habrían contado, pero eran tan sólo palabras.

Tenían un baño de azúcar grueso y tierno y la Jesu las compraba en Carrasco el confitero de la calle de las Angustias eran tus yemas predilectas y también las mías las compraba en bandejitas de cartón por medias docenas para que no se pusieran duras claro que nunca llegaban a ponerse duras aunque tú solamente comías una en el postre de mediodía yo me encargaba del resto la Jesusa las mudaba cada vez de lugar asegurándolas con llave pero yo daba con ellas siempre y me las comía encerrada en el vater era un placer ir despegando con la lengua aquella corteza blanca que se deshacía en la boca hasta quedar al descubierto la bola amarilla y monda que engullía de una vez relamiéndome qué raro decía ella hubiera asegurado que ayer compré las yemas y ya no quedaba ninguna te habrás confundido mujer le contestaba yo candorosamente otras veces eran los temblones tocínillos de cielo o los dulces del Horno Francés bañados de chocolate y envueltos en papeles de colores metálicos que se llamaban freixas si no lograba dar con el paradero de las yemas o de los freixas o de los tocínillos me conformaba con volcar el azúcar de tu azucarero en un estuche de baquelita que había contenido novolitines del doctor Gustín y lambucearla metida en el retrete gozando de la clandestinidad del lugar o golosear las galletas alargadas rellenas de vainilla que extraía del fondo de su envase de hojalata levantando con cuidado los papeles de seda que separaban las capas superpuestas por más que llegara un momento en que necesariamente había de notarse la falta o en su defecto rebañar con el dedo la chocolatera y el molinillo de palo donde al enfriarse la pasta oscura adquiriría una dulce y sólida consistencia.

Jesusilla guapa la Jesu pegaba un respingo qué me vas a pedir que me prestes tu velo o anda Jesusilla préstame veinte durillos ay qué niña que donde me ve me guiña tenía un primo que siempre quiso casarse con ella pero ella decía que el mejor de los hombres colgado y es que un novio la había dejado plantada en sus tiempos y aquello le había dejado mal sabor de boca por fin su primo se casó con otra pero enviudó y otra vez que quería casarse con ella y ella que ni por asomo consentía en casarse con él hasta que el primo se casó en segundas nupcias y enviudó de nuevo y dale con quererse casar con la Jesusa y ella sin transigir y el primo tuvo que casarse con otra por tercera vez y cuando su tercera mujer estaba de cuerpo presente Jesusa mujer no quieres casarte conmigo y ella que ya era vieja vaya una ocurrencia si cuando yo digo entonces yo le decía que su primo la quería por las perras y ella me contestaba seguramente sí la Jesusa tenía siempre en reserva un estuche amarillo de jabón Heno de Pravia guardado en el cajón de su armario y unas

medias de seda brillante que no se ponía nunca porque las usaba de hilo y un paquetito de pañuelos perfumados sin estrenar y el frasco de colonia que le habían echado los reyes y también el velo nuevo con el alfiler de cabeza gorda y un devocionario con las letras muy grandes y un rosario negro dentro de una rosariera yo disfrutaba malignamente sumando los años de las tres personas que convivíais conmigo y que pasaban de los doscientos a veces Jesusa taponaba con yeso y cristales rotos los agujeros que hacían los ratones tras el radiador del comedor y yo déjalos mujer con lo majos que son claro que más prisa se daban ellos en destaparlos o abrir otros nuevos correteaban a mi alrededor junto a la mesa cuando a veces me quedaba de madrugada dibujando y escuchando música en el viejo aparato de radio marca Phillips bajito para que tú no lo oyeras yo estaba acostumbrada a ellos y hasta me hacían compañía tan grisecitos y tan descarados que desconocían el miedo me miraban de pasada con los ojillos brillantes y el rabito largo pegado al suelo yo me recogía los vuelos de la bata de paño porque no me hubiera gustado que treparan por ellos y de nada servía la gata pues ya le habían perdido el respeto un maullido quejumbroso y yo levanté la vista del dibujo que estaba sombreando luego otro maullido más lastimero y yo esta gata del demonio cuando desde el sofá la Patas me miró desatentada con sus pupilas brillantes surcadas por la oscura grieta vertical luego desapareció de mi vista cobijándose bajo el asiento y a poco emitió un prolongado quejido como de un alma en pena que culminó en grito desesperado esta gata es imposible Señor y de pronto finísimos pitidos y sordos ronroneos un maullar ahora múltiple y suave y yo sobrecogida ante la hoja de papel sin atreverme a mirar bajo el sofá y sin poder resistir el impulso de hacerlo presa de un extraño escrúpulo no sé si físico o moral hasta que venciendo mi repugnancia alcé un extremo del volante fruncido y distinguí junto a mis pies una pequeña bolsa surcada de venillas cárdenas y un amasijo de vísceras sanguinolentas mientras al fondo en la oscuridad proseguía el coro de roces y pequeños maullidos barruntando un terrible secreto pero sin comprender lo ocurrido y tuvieron que pasar años para que comprendiera que bajo aquel sofá del comedor había sentido una noche parir a la gata.

Tienes mocos, cochina, tienes velas de mocos, la niña pálida y desgachada, las piernecillas retorcidas, el vestido de percal medio transparente de tan lavado y zurcido, límpiate los mocos, con los ojos de un azul desvaído, las cejas desdibujadas bajo una frente estrecha, blanquecina, cabellos ralos (los ojos azules muy abiertos, sin mirar a un sitio fijo) y yo cruel, segura, bien vestida y calzada, insolente en mi seguridad, ni sé si jugaba con ella, ni siquiera la advertía. Ella me miraba ausente desde cualquier rincón. Su madre lo veía. Y llegó el día de la fiesta, salió la Virgen a hombros, en su trono: pequeña Virgen, manto blanco bordado en oro, entre amapolas rojas hechas con papel de seda, con rabitos de alambre forrados de papel verde, con hojas recortadas en papel de seda verde. Alfombra de amapolas que la abuela había preparado en Ronda, que había enviado la víspera. La procesión zigzagueaba, hombres mujeres y niños repeinados y vestidos de gala, niñas con trajes blancos, zapatos de charol negro con trabilla reluciente, velos negros sujetos con alfileres de bola negra, rosarios nacarados en las manos, rosarios plateados, o negros de cuentas de azabache, o menudos rosarios de cristal de color entre las manos infantiles: venid y vamos todos con flores a porfía; las velas que se encienden, humean, se apagan sopladas por el airecillo serrano de la tarde, se prestan su candela unas a otras; las voces discordantes, insignificantes, enanas dentro de la enorme cuenca rocosa. La cera gotea sobre las piedras redondas, los chiquillos manosean los pegotes de cera caliente entre los dedos. El trono rojo, flamante, pequeño, manto blanco entre el rojo de las amapolas, los monaguillos meciendo los incensarios dorados, envueltos en la neblina olorosa del incienso. Y el cura, encajes blancos sobre negro, cingulo, estola, oros, cabellos canosos entre las des filas de hombres, mujeres y niños. Apenas la vi a ella, apenas vi a su madre con los mismos ojos descoloridos de la hija, las dos relavadas, repeinadas, zapatos nuevos, velos flamantes. ¿Has visto a mi niña? Hoy no tiene mocos. La miré un instante, y pensé: no tiene mocos. Luego seguí adelante, resbalando sobre la cera, cantando en la tarde a voz en grito, como todos: con flores a María que Madre nuestra es.

Los dormitorios de la casa grande quedaban en el piso superior, con las ventanas enrejadas sobre la plaza. Por eso, cuando durante las fiestas se organizaba el baile que animaba la reducida orquesta, a los pequeños nos daba la madrugada atisbando por entre los barrotes a las parejas o a las mocitas desparejadas que bailaban de dos en dos con movimientos rígidamente grotescos. Enfrente, a la puerta del Ayuntamiento y bajo la esfera del reloj, se encendían los cohetes que mi tío el alcalde había mandado comprar en la capital, y alumbraban las rocas con tonalidades fantasmagóricas. Hasta bien entrada la noche habíamos bailado nosotros también, unos con otros, mezclándonos en el chin pún chin pún con los mayores hasta que nos caíamos de cansancio y nos subían a la cama. Una vez arriba, puestos los pijamas y los camisones de dormir, y libres los pies de aperturas de zapatos nuevos, se nos pasaba el sueño y velábamos apoyados en las rejas hasta que se acercaba la mañana y los músicos se retiraban.

Y en noches de encerrada, cuando alguna mocita se iba con el novio, cosa corriente en el pueblo, el estruendo de sartenes y almoreces nos sacaba también de la cama. Como en un rito ancestral, la gente se reunía de madrugada en la parte superior de la plaza. Desde los escalones de piedras desiguales a los que la luna arrancaba reflejos mortecinos, hasta la fachada de la iglesia, el estrepitoso aquelarre golpeaba ollas, perolas y toda clase de utensilios, formando una pavorosa algarabía que despertaba en la noche serrana a todos, niños y viejos. Unos sonidos eran sordos, otros tintineantes, otros vibraban como tañidos de campanas dejando prendidos sus ecos en las quebradas del Hacho.

Los domingos por la tarde iba a casa la señora Baila se llamaba Amalia y no sé por qué se le quedó aquel mote viejecita enteca con melenita blanca de paje cortada por igual patitas rectas y finas como dos palitos llevaba medias negras de canutillo que se le arrugaban en los zancajos cuando arrastraba los pies en pasitos cortos la señora Baila según me decíais había sido joven y había acompañado a las tías cuando iban de niñas al teatro ahora vivía en el asilo con las monjitas los domingos le daban suelta y se venía a casa a recoger su merienda su propina y a contar sus pequeños chismes sus rencorcitos entre viejos y sus rencorcitos contra las monjitas se metía en la cocina charlaba seguido y quedo con la Jesusa y yo señora Baila un cuento y ella quita hija déjame de cuentos se hacía de rogar pero era lo que más le gustaba contar cuentos antiguos érase que se era y qué será qué no será qué dejará de ser y qué haré qué no haré qué dejaré de hacer y colorín colorete por la chimenea sale un cuete y ahora uno de Argimirín el que tenía un ojo en un dedo quita quita Argimirín ya lo he olvidado ande señora Baila uno de Argimirín así se pasaba la tarde al final cogía con mucho tiento su paquetito y su propina y se iba arrastrando los zancajitos una tarde de domingo llegó con una postilla rara en la nariz cada vez fue más grande y más rara la postilla hasta que fue postilla toda la nariz me daba aprensión besarla pero como también me daba lástima la besaba hasta el día en que se murió y ya no vino más cuando no venía la señora Baila venía la señora Eloísa que como estaba en su casa podía hacerlo cuando le apetecía era una anciana muy bonita y había sido una hermosa mujer según me decíais también y según se aprecia en la foto en que aparece con el tocado de puntillas y el delantal de terciopelo sujetando a mi padre encima de un pedestal niño pelón lleno a su vez de puntillas un niño bello con un ama muy bella ahora casi no veía parpadeaba constantemente como si le molestara la luz su tez casi sin arrugas la señora Eloísa su mejilla húmeda su beso húmedo ya ves yo tenía también ama para mi hijo con lo que me pagaban tus abuelos ya ves y me sobraba más de la mitad pestañeaba no querían más que descansara y comiera bien nunca tan bien alimentada bocadillos de jamón a medianoche ya ves sus cabellos ondulados blanquísimos recogidos cuidadosamente tu abuelita morirse tan joven una santa pobrecilla yo le decía que ella era mi abuela de leche se reía suavemente pestañeando mi tío de leche quiso ser pintor y tenía buena disposición para ello hasta que pintó una purísima con los ojos colorados y se descubrió que era daltónico tuvo que dejar la pintura por la talla en madera el marido de la señora Eloísa tenía un puesto de chucherías y se pasó la vida vendiéndolas de feria en feria la hija casi tan bonita como había sido la madre y el hijo pequeño buen estudiante mi padre en uno de sus viajes le llevó un tren de regalo pero el chico ya tenía novia y estaba haciendo la mili un despiste lo tiene cualquiera la señora Eloísa ya vieja después de haber criado a sus hijos menos al

que tuvo ama y además a otro ajeno tenía que hacer de madre de dos nietos que había dejado huérfanos su nuera al morir nunca dejaba de visitarla mi padre en sus rápidos viajes la única visita que hacía la de su ama la señora Eloísa.

La primera vez que me llevaron al pueblo tenía pocos meses y estaba medio muerta. Mi padre, lógicamente, extremaba conmigo sus cuidados; pero el abuelo Manuel usaba otras técnicas. En cuanto mi padre dio la media vuelta, él dijo:

-Ésta lo que tiene es hambre. Tirad esas medicinas y dadle jamón a la niña.

Las medicinas las tiraron al tejado, y yo me puse a chupar con ansia una loncha de jamón. A poco parecía otra, gorda y colorada, y había echado fuera todas las dolamas.

El hermano mayor de la abuela se había llamado el tío Frasquito que en paz descansa. El tío Frasquito que en paz descansa había sido altísimo, de más de dos metros, según me contaba Simón, y había muerto joven. Mi madre, bajita, me hablaba muchas veces de él:

-¡Hay que ver, morirse tan joven siendo tan alto, el tío Frasquito que en paz descansa!

Por otra parte el padre del abuelo, o de la abuela, o el padre del padre del abuelo, o del de la abuela, que con seguridad no lo sé, se había muerto de la enfermedad del sueño. Cada vez dormía más y más largo, y ya se dormía de pie, y sentado en la silla de su caballo. El caballo ya lo conocía, y cuando él se dormía en plena sierra el animal volvía a casa a paso suave, con cuidado de no volcar a su amo. Un día se durmió tan largo que ya no se despertó.

Lo llamaban Papá Cunda porque era carcunda, era de los carlistas, y llevaba siempre una bilbaína grande, ladeada como Zumalacárregui. De todo ello hace ya tantos años que no lo recuerda nadie, ni siquiera la hija de la Niña de la Nena, cuya abuela vivió por aquellos tiempos.

A veces mi tío nos llevaba con él, a caballo por la sierra. No era fácil sostenerse cuando la montura se inclinaba en las veredas empinadas, ni había que guiar a las caballerías: ellas conocían de sobra los caminos. A cada resbalón temíamos ir a dar con los huesos al fondo del barranco, Alguna vez Regamos hasta Ronda siguiendo la senda que trazaron los romanos, por el camino de herradura. Atravesábamos trochas, valles y arroyos pedregosos, dejábamos a un lado ventorrillos y dehesas, y vacilantes puentes donde sólo una cuerda tendida ayudaba a mantener el equilibrio en la altura. Mi tío nos señalaba el peñón del Mure, el precipicio donde años atrás el bandido Pasos Largos había burlado, dando un gran salto increíble, a la guardia civil. Cerca se hallaban las ruinas de la antigua Acinipo de los iberos, Ronda la Vieja, y el pantano que un equipo de ingenieros suizos había intentado construir por los tiempos de la Gran Guerra. Después de muchos meses de trabajo tuvieron que abandonar su intento, porque el agua se filtraba sin saber por dónde. Y es que las montañas huecas se la tragaban por sus negras y profundas fisuras que parecen desembocar en el infierno. Bajo la estrecha, serpenteante y empinada carretera de tierra, un tenebroso agujero sin fondo me ponía los pelos de punta, y me ha producido pesadillas después muchas veces.

Nos contaba cómo lo habían raptado tiempo atrás los bandidos de la sierra: pedían un alto rescate y mataban al que no lo pagaba; y al que lo pagaba, lo mataban a veces también. Escondidos en las cuevas naturales eran inexpugnables, muchos guardias civiles habían muerto antes de poder acabar con ellos.

De vuelta avistábamos el pueblo a lo lejos, inundado por la luz del crepúsculo. El sol se hundía entonces tras la línea de las montañas, y un halo luminoso surgía de las cimas, resbalaba por los declives, escalaba las crestas dentadas y bañaba al pueblo con un resplandor irreal; tendido en la ladera como una tanda de ropa puesta a solear, su estructura se hacía cada vez más nítida entre la bruma del atardecer; hasta que, tras la gigantesca mole pedregosa de Tabizna aparecía de pronto, ya cercano, escalonado en la falda bajo la sombra maciza del Hacho, como un prodigio entre las lascas grises, como un reducto encantado entre desfiladeros cortados a pico.

Entonces las bestias resoplaban, brillantes las grupas, húmedas las cinchas, y nosotros nos rebullíamos aliviados en nuestras sillas, un poco doloridos, agarrotadas las coyunturas y arreando a las caballerías por la impaciencia de encontrarnos en casa. Del pueblo emergía el aroma peculiar de la tarde, brotaban los ruidos vivos del anochecer; pronto los cascotes arrancaban chasquidos secos del pavimento empedrado.